

Cuentos Ganadores Concurso Fixion2000

Santiago de Chile, 1° semestre 2000

Pablo Castro: **Exerion**.

Sergio Amira: **El Libro de Shklovski**.

Gerson Salinas T.: **Ixtlan**

Marcelo Garrido A: **El Terrestre**.

Daniel Villalobos: **Afueros**.

Exerion

Pablo Castro H.

Le quedaba como una hora antes de que lo mataran y entre todas las cosas que podía hacer pensó que quizás lo más apropiado era dejar que las pantallas de la terminal se cubrieran con el paisaje de algún antiguo juego de video. Busco uno en especial. En realidad todos eran especiales, aunque el "Exerion" parecía el más adecuado. Lo inició, tomó uno de los comandos y bajó la luz del sótano hasta muy cerca de la oscuridad.

Parte de su cara se reflejaba en las pantallas y las luces estimulantes del juego se entremezclaban con la negrura del visor que cubría sus ojos y gran parte de su rostro. Rápidamente se perdieron a medida que su vista se concentraba en los gráficos destellantes y en la pequeña nave que disparaba, esquivando enemigos.

El "Exerion" no era un juego difícil. La nave que uno comanda se mueve por toda la pantalla, eludiendo pájaros y pequeñas naves-mariposas y naves-círculos que caen en fila, especialmente para que uno las destruya en ese orden. El disparo es opcional: tiro a tiro o una constante ráfaga automática. El único problema es que las balas se acaban, pero si te mantienes matando lo suficiente puedes ir recargándolas. Un verdadero círculo cerrado.

Como juego el "Exerion" es definitivamente prehistórico. Hasta hace veinte años era posible emularlo, pero ya no era posible encontrarlo en ninguna parte y sólo descansaba en la memoria dura de algunos fanáticos. Además no tenía ninguna gracia, al igual que muchos juegos de esa época, para los adictos terminales. La mayoría gastaba su tiempo combatiendo en red, aniquilando enemigos reales estacionados en otras regiones del globo, o sencillamente siendo víctima de una emboscada en algún suburbio de la hypernet. A veces él se dejaba arrastrar por el

vértigo de estar en varias partes al mismo tiempo, combatiendo, pero se necesitaba demasiada habilidad y energía para mantenerse vivo, algo de lo que carecía constantemente.

Sin embargo, el "Exerion" había sido, por allá en 1985, un verdadero vicio para él. Era el tiempo en que los juegos descansaban en pantallas semejantes a los antiguos televisores, puestos en cabinas negras adornadas con dibujos espaciales que representaban los distintos juegos. Bajo las pantallas había una palanca de control y un par de botones, lo suficiente para mover una nave y disparar. El juego se activaba con una ficha, que comprabas a la entrada de la galería. Después de un tiempo, que no era demasiado largo, el juego se volvía familiar y si te entusiasmas lo suficiente podías alcanzar un puntaje sobresaliente, que permanecía luminoso en la pantalla con las iniciales de tu nombre. Entonces sabías que había algo en lo cual eras el mejor o sencillamente superior al resto.

Se volvió fanático cuando apenas rozaba los diez años. Quizás menos. Ahora tenía cincuenta y cinco, de eso sí estaba seguro, aunque a veces sentía el doble. Su cuerpo descansaba casi inerte sobre un sillón hidráulico que se movía por toda la habitación, mientras su único brazo le servía de grúa. Sus piernas no tocaban el suelo, porque ya no estaban. A veces trataba de recordar cómo era sentirlas pero rápidamente volví en sí, concentrándose en las pantallas de su ten-ninal o en algo más llamativo. Pero sólo las pantallas parecían lo suficientemente reales, lo suficientemente activas para reanimarlo. De ellas salían cables que se unían a él a través de pequeños enlaces, puestos en su cabeza y en el muñon de un brazo que tampoco estaba.

Recordó esos tiempos cuando el juego la agarró fuerte, tanto como lo harían los computadores y tenninales después, aunque aquella sensación de recuerdo era más difícil de precisar. Bastaba claro, activar el programa de recuperación neural y sus recuerdos volverían con formas más reconocibles, volverían a parecer un poco más claros, como sueños transparentes con algo que decir. Pero cada vez el programa se hacía insuficiente, mientras el invisible e indestructible nanoraser devoraba rostros y lugares, cubriendo los vacíos con un vacío nebuloso y onírico que no alcanzaba para germinar alguna emoción o sentimiento que aguardaba su oportunidad. Pero estaba seguro que algo temblaba todavía en su alma, un lugar que el electro-borrador subatómico no podía alcanzar y aunque lo hubiese hecho quien lo programó no le había enseñado a desaparecer pedazos de algo que era por esencia, inmaterial.

Pero el recuerdo del Exerion había sobrevivido al nanoraser y a veces creía que era lo único que iba a quedar en su mente. Recordaba pequeños y significativos detalles: la vez que aprendió el truco de las maniobras generales para despistar a sus enemigos; la vez que alcanzó el primer challenge stage antes que sus compañeros de curso; el día que logró llegar más allá de donde solía arivar el resto, siendo el resto cabros del liceo y escuelas (los mejores), tipos desconocidos, universitarios y jugadores eternos. Cuando dejó sus iniciales y se abrió paso entre la masa que esperaba su turno sintió algo que podía ser felicidad o una extraña satisfacción cómo cuando hacía un gol y sus compañeros corrían detrás de él para abrazarlo. Entonces regresó a la casa y ya no volvió a ser el mismo de antes. Se habían llevado a su papá.

La casa estaba en desorden, como si un viento hubiese penetrado y remecido las cosas y los rostros. Su madre hablaba por teléfono, y todavía podía recordar su rostro defon-nado por la angustia, asustándolo. Parecía que el rostro acogedor y cercano se hubiese perdido, o nunca existido. Luego llegaron sus hermanos, preguntando qué había pasado y tratando de calmar a su madre, mientras poco a poco llegaban otras personas para enterarse de lo que había sucedido. Vio rostros familiares y otros que sólo creía conocer a la distancia, vio otras muchas cosas y también nada, pero en ningún momento creyó o sintió que era parte de ellas. Observaba una película, una película inquietante que no parecía terminar y que amenazaba con volverse todavía más aterradora. Se quedó entonces mirando, tratando de hacer algo pero sus manos eran sólo capaces de destruir enemigos en el Exerion y no ayudar en lo que ocurría en la casa. Sólo cuando descendió la noche su hermana la abrazó y él sintió el llanto que deseaba emerger pero que ella retenía con dificultad. Durante muchos días observaría a cada uno de ellos caer y volverse sollozos ahogados, a medida que el tiempo pasaba y su padre se volvía una figura borrosa o extraña.

Aún recordaba algo de esas cosas. Recordaba los rostros de su familia, sus características, aunque el recuerdo no era tan potente volviéndose en algunos momentos, un sueño. ¿Había sido así? ¿Lo había abrazado de verdad su ben-nana? ¿Había desaparecido la sonrisa siempre irónica de su hermano que en algo recordaba al papá? ¿Era la madre la que lo acariciaba una noche en que ambos descubrieron que no podían don-nir? ¿Había jugado realmente al Exerion ese día?

A veces, cuando despertaba en noches más oscuras que otras, las cosas emergían confundidas y llegaba a dudar de que alguna vez se hubiesen llevado a su padre. Quizás, pensaba, no era él, sino su madre, o tal vez si era el papá, pero lo habían soltado y estaba todavía vivo o probablemente muy enfen-no esperando morir. Tal vez ya había muerto y él no recordaba eso. Quizás, luego de una lenta agonía había fallecido y él, muy indiferente y sin sentir nada, se había puesto al margen. Entonces llegaba a estremecerse algo desesperado tratando de hacer coincidir todo y estar seguro de que nada de eso había ocurrido y que su padre de verdad no había vuelto ni su cuerpo encontrado. Era entonces cuando creía poder volver a cerrar sus ojos, pero ya los recuerdos verdaderos estallaban poderosos y debía enfrentarlos sin conciliar el sueño, mientras buscaba en la oscuridad encender las pantallas de su terminal, activando los enlaces.

Dentro de media hora lo van a encontrar y lo van a matar. Cuando se dio cuenta de eso hace cinco años pensó en cómo podía escapar y salvarse. Pero luego entendió que no valía la pena y que cuando todo estuviera cerca algo se le ocurriría. Bueno, se le ocurrió lo del Exerion. No estaba mal. Aunque hacía tiempo estaba en el disco no se había atrevido a activarlo y jugar. No por los recuerdos, sino porque podían liquidarlo muy luego y entonces los cincuenta y cinco años se volverían más reales y pesados. Tenía presente en sus ojos esa vez como entró a una galería y descubrió el juego en un rincón, colocó una ficha y no duró más que un par de minutos, mientras sus manos eran incapaces de maniobrar con agilidad y sus naves eran destrozadas una y otra vez con demasiada facilidad sobre el reflejo de su cara ya media envejecida y escéptica.

Pero ahora tenía tres grandes pájaros encima y mientras los llenaba de balas y sus colores cambiaban hasta que estallaban, sentía que era capaz de alcanzar los diez años.

"Lo primero era desactivar todos los enlaces de la computadora", pensó como si estuviera explicándoselo a alguien en especial. Y no sólo eso. También debía cortar el circuito eléctrico (a veces usaban una onda de detección de flujo electrónico), cubrirse con una manta dispersara de calor y rezar para que las señales de ultra sonido del satélite metropolitano se perdieran gracias a una tormenta. En realidad lo mejor era abandonar el lugar y escapar muy rápido Cuando activaban una alarma de IEP (intruso en progreso) y cuando pasaba a "fuga neural" (robo de datos clasificados) los tipos iban con todo, menos una orden de detección. Sabía lo que les pasaba a quiénes desafiaban los sistemas de seguridad. Desaparecían completamente. No era posible recuperarlos ni siquiera en la hypemet.

Observó la hora. Todavía le quedaba tiempo. Aún era posible llegar muy lejos en el Exerion..

No supieron nunca más de él. La casa tampoco volvió a ser la misma. Y claro, tuvieron que pasar por toda la rutina ineludible de esos años: primero un espantoso miedo que los llevó a abandonar la casa, viviendo con parientes, apelotonados en una pieza. Luego abandonaron Santiago por un buen tiempo hasta que las cosas se calmaron. Entonces emergió la rabia, expuesta en su hermano que juraba volar algún día un cuartel o liquidar a alguien, mientras su madre contemplaba impotente como el odio amenazaba con destruirlos. Tardes cuando su madre regresaba de una dolorosa revisión de listas. Querellas sin esperanza y eternos abogados que saben mejor que uno que no se podía lograr nada. Largos procesos. Fallos en contra que derrumban en un día lo que iba quedando de ellos. Las fantasmales fotos en blanco y negro de su padre puestas en carteles, que alejaban el recuerdo de su cara entusiasta, irónica, paternal. Marchas en conjunto. Velas a medianoche.

Y cuando se apartó de todo aquello, cuando se aburrió y dio media vuelta se quedó solo.

Solo, pensó, justo cuando por un descuido unos misiles lo destruían. Al igual que su familia ... y él sin sentir nada. Durante años se preguntó por qué, cómo había llegado a ese estado tan distante. ¿Dónde se había ido la pena, el dolor, la furia y los deseos de venganza? ¿La impotencia? Algo, algo mucho más poderoso que el virus borrador electrónico que infestaba su cabeza se lo había devorado todo, todo lo que debió emerger de su corazón, dejándolo así, como un muñeco escéptico que no espera nada y que no da nada, sólo disparos contra enemigos virtuales y noches enteras frente a las pantallas. Pero al principio había estado junto a su familia, en los inicios de la rutina. Había expuesto su rostro triste y perdido, buscando no desentonar con los sentimientos del resto, hasta que se le hizo insoportable.

Se alejó, sí, y el resto de su familia no se lo perdonó. Nadie lo hizo. Pero estaban equivocados. Él quería al viejo. El amaba a su padre. Pero todo había sido tan rápido, tan abrumador y aplastante que sentía que también se habían llevado su sensibilidad y la posibilidad de seguir creyendo. Esa tarde, cuando volvió a su hogar también había desaparecido. Le parecía que aún estaba frente al Exerion y que las

fichas no se le habían terminado. Esa persona, ese niño de diez años estaba por ahí en algún lugar y mientras destrozaba una fila de naves-círculos pensó que durante todos esos años se había convertido en una torpe y confusa continuación o imitación envejecida de ese niño, simulando estar vivo y presente.

El niño siguió disparando y eludiendo naves con asombrosa habilidad

* * *

Faltaban como quince minutos para que llegaran. No tenían nombre oficial, pero en el ambiente se les conocía como "rastreros". Eran de Inteligencia Informática. Una división especial que agrupaba a personal de todas las ramas de las fuerzas armadas. La habían creado luego de que un estudiante argentino neutralizara el sistema insular de alerta temprana durante la crisis de Ushuaia. Pero con el tiempo sirvió para ayudar a la policía para detectar crímenes menores. Claro que no faltaban los tipos vivos que se daban una vuelta por los archivos militares y en eso la ley de intra seguridad era muy clara: veinte cinco años. Claro que la orden no escrita lo era todavía más: cinco balas en la cabeza o un láser de desintegración molecular de alto poder.

Le metió unas cincuenta balas a una bandada de pájaros que lo estaban bombardeando constantemente. La aves se volvían pedazos que desaparecían al instante mientras otro grupo los reemplazaba. Hizo una maniobra general, subió hasta el borde superior de las pantallas y luego esperó que lo atacaran de nuevo. No alcanzaron. Mientras descendía los fue acribillando en orden, desapareciendo. Sonrió.

Mantecía aún tres vidas de reserva y el indicador señalaba 356 balas. A ese ritmo llegaría muy lejos. ¿Qué tan lejos se podía llegar? No tenía idea. Había un tipo que aseguraba haber alcanzado los 2.897.056. puntos. Podía probarlo. Y aunque fuese mentira él lo creyó, pensando que alguna vez alcanzaría esa cifra, sólo con el anhelo de sentir que lo había logrado. Pero aún así, llegaba un punto en que los juegos antiguos se ponían repetitivos y cansaban como una rutina. Podías cruzar cuantas etapas pudieras y siempre era casi lo mismo.

Buscar al papá había sido siempre lo mismo. ¿Y cómo podía entender el resto que para él ya no significaba nada seguir con todo aquello? ¿Cómo podía explicarles que él no sentía nada y que no había nada peor que no Poder sentir nada cuando sabes que tienes que hacerlo? Que unos hombres lleguen a tu casa, pesquen a tu papá, se lo llevan a un lugar donde poco menos que lo fríen, donde se divierten torturándolo, y luego terminan arrojándolo como un saco de papas o una bolsa de basura algún hoyo muy frío a medio hacer, al mar oscuro o... algo más terrible que no sabes, pero que tu intuición te estremece. ¿Corno podía sentirse distante de eso?

Cuando lo contrataron como consultor táctico y les ayudó a proteger archivos y enseñarles que tan lejos se podía llegar a través de redes interactivas el porcentaje de la población que todavía recordaba el tema no superaba el diez por ciento. ¿Eran todos tan insensibles como él? En algún momento todos olvidaron lo que pasó, lo que podía volver a pasar, lo que a veces pasaba y lo que aún no había sido enterado, no porque fuesen malvados u otra cosa sino porque se vivía en un olvido

constante. A veces observaba la ciudad y se preguntaba cuántas personas que vivían ahí no tenían a nadie o no eran nada, simulando tener una vida que nadie con exactitud sabe que de verdad existe. Cuánta gente bondadosa y especial existía caminando entre la multitud, personas que si desaparecieran no llamarían la atención de nadie. Cuántas estrellas había en esa galaxia fría que al apagarse no eran notadas por los miles de observadores escépticos. El mundo era un campo de desaparecidos. ¿Pero no era posible recuperar algo con un poco de voluntad y algo de empatía? Como le había dicho un oficial de inteligencia de la Fach: "tenemos los nombres y los paraderos posibles. No todos, claro. Pero por supuesto que podemos recuperar y conservar esos datos. La información no desaparece, sólo se transforma... y no podemos ignorarla o borrarla, aunque lo quisiéramos.

Entonces lo encontró, los encontró a todos y no fue tan difícil. Estaban por lista y cada uno guardaba una ficha y su posible destino. Había muchos nombres. Gente tan olvidada como los créditos finales de una película. Y ahí estaba, en medio de otros nombres. Lo leyó y repitió muchas veces para sentir que era el nombre de su padre. Y mientras deletreaba lentamente, los recuerdos volvieron, algunos verdaderos y otros que creía recordar, pedazos en desorden, imágenes nubladas y cubiertas por bordes oscuros, un sonrisa... una caminata por una plaza... un cariño a media tarde... unas manos gastadas ofreciendo algo de plata para fichas metálicas de un juego.

Retrocedió años, mientras la información parpadeaba sobre su rostro. Creyó sentirse otra vez parte de algo, parte de una familia que ya no existía y que jamás volvería a ser. Pero el nombre y la información de su padre estaba ahí, y era cosa de volver a penetrar los archivos y tal vez tendría algo importante que ofrecer al resto, a aquellos que todavía esperan una verdad, algo que demostrara que no era lo que habían pensado y que sí era parte de ellos aunque ya no estuviesen.

Pero ningún consultor táctico podía salir ileso luego de conocer el punto neurálgico del sistema militar. Es cierto, no iban a matarlo, era demasiado evidente. Pero unos cuantos virus electrónicos, un nanoraser en su cabeza podían acabar lentamente con alguien y hacerlo desaparecer sin necesidad de cavar un hoyo o sobrevolar un mar profundo y oscuro.

Cuando logró detectarlos los virus ya habían coagulado las arterias de sus extremidades y sólo pudo salvar su brazo derecho. El nanoraser no se manifestó hasta mucho después. Se había llevado los nombres de su familia y gran parte de sus rostros. Recuperó algo con el programa neural pero el nanoraser siguió ahí, transformándose en parte de su vida y de su insensibilidad.

Iban a llegar muy luego, pero no le importaba. Estaba todo listo y no podía evitarlo. Durante años calculó exactamente el tiempo en que demorarían en encontrarlo luego de que les extrajera la información. Pero en ese tiempo no había podido encontrar la forma para escapar y salvar su vida. Su vida, los cincuenta y cinco años que llevaba en el cuerpo. Su mutilado cuerpo. Todos esos años... ¿qué había sucedido a través de ellos? ¿Era el vacío sobre los vacíos lo que diluía el tiempo y lo convertía sólo en cifras de referencia?. Pensó que quizás era culpa del nanoraser que aun seguía activo que quitaba algo de aquí y allá antes de poder notarlo, o de los virus electrónicos que lo habían dejado como muñeco mutilado.

Pero muy pronto entendió que era algo más. Algo, una sensación que no se podía borrar y que era capaz de traspasar los sentidos y la memoria. Era a veces la soledad, o también una noche interminable frente a las pantallas. Era un trabajo insulso y agobiante o una noche de año nuevo observando el reloj fijamente sin moverse. Era un caminar entre la multitud inexpresivo y hostil antes que perdiera sus piernas o sólo el sillón hidráulico que a veces se atascaba. Era un corazón que se hace cada vez más frío, que pierde su forma y ¿olor... un nombre demasiado común hundido en miles de nombres comunes, un hombre en una ciudad de diez millones de seres que saben o conocen algo que tú perdiste. Era la inutilidad de las redes que no podían llevarlo a ese pasado tan necesitado. Era un brazo que se extiende en la cama y que no encuentra a nadie, una caricia a un cuerpo que sólo imaginas y que deja su forma delineando un agónico sentir.

Entonces comprendió que no valía la pena escapar. Después de todo, no vendrían a matarlo, ni tampoco a hacerlo desaparecer. Él ya no estaba. Quizás nunca había estado. La vida se había encargado de hacerlo desaparecer como un holograma que pierde su fuente de energía y luz, la poderosa vida que se agitaba allá afuera y de la que el resto parecía beber, excepto él.

Escapar... escapar de ellos no tenía sentido. No había adónde ir. La información con los datos de los muertos y los lugares posibles donde se encontraban o sólo lo que había pasado con ellos descansaba esperando ser activada. Llegaría a todos los terminales que era posible imaginar. No había nadie que no pudiese encontrarse con ella. Eso sería suficiente. Luego pensó en firmar con su nombre pero se arrepintió. De alguna manera sentía que no podía borrar los años siendo un desaparecido. Colocó entonces Exerion y le agradó. Si a alguien de verdad le importaba se tomaría la molestia de averiguar quién estaba detrás de ese extraño nombre.

Víctor Morales. Diseñó el programa de personalidad, emulando lo que aún quedaba en su cerebro, colocando datos de su vida, de su familia, y de todas esas cosas que pueden darle forma a alguien. Durante esos últimos años fue el trabajo que le permitió seguir vivo. Un programa interactivo y que una vez activado sería como estar dentro de su mente, una mente algo inerte y disminuida, pero lo suficiente para hacerse una idea de quién era. Quién lo activara sentiría lo que él había sido, lo que todavía era y entonces alguien sí podría al final comprender. No era en todo caso, algo nuevo. La hypernet estaba llena de esos programas, emulaciones de gente que buscaba vivir más allá de sus vidas terminadas o desaparecidas, tratando de dar forma a existencias que parecían sólo pedazos sin sentido sin sentido y reconocimiento. Allá afuera había millones de voces y caras buscándose sin ser parte de ninguna conexión real que los uniera verdaderamente. Y ahí estaban, esperando que alguien penetrara en ellas y sintiera como ellas, extraños fantasmas mecidos y agitados por un océano de información que se extendía a cada minuto, a cada frenético segundo, diluyendo y alejando los fragmentos cada vez más lejos y distantes, perdiéndose.

Su programa de personalidad estaba en suspensión, igual que la información robada, esperando.

Sintió que estaban cerca. Observó el score. Concentró entonces sus fuerzas en el juego y empezó a destruir sin vacilar, acabando con todos rápidamente. Disparó,

moviéndose con demasiada habilidad, mientras los pájaros gigantes y la naves-mariposas se sucedían, volviendo a desaparecer. Y de pronto, como si no lo hubiese notado, vio que ya había pasado la marca y que fácilmente extendía los 3.000.000. de puntos. Echó su cuerpo atrás y una pequeñas sonrisa rejuvenecedora que podía volverlo atrás, a 1985 o sólo ahí, emergió, dejándolo completamente liviano, en una extraña suspensión que atraía cosas a su mente, penetraban en su alma y eludían al nanoraser. Era tal vez la figura de su pasado o quizás los ojos de su madre, y la sonrisa de su hermano o hermana, el cabello de ella, o sólo todos juntos en alguna fotografía o en una apacible Navidad. Quizás era sólo él, frente a una máquina, en una galería de juegos antiguos, usando sus últimas fichas, colocando sus iniciales observando los rostros de muchos tipos reflejados en la pantalla, viendo cómo lo había logrado.

Su único brazo abandonó el comando y dejó que lo destruyeran una y otra vez hasta que las pantallas se volvieron borrosas y colocaba parte de su nombre. Entonces creyó que algo volvía. No estaba seguro, tal vez fue sólo un estremecimiento, pero era real y hacía que algo temblara aún dentro de él.

Tal vez el nanoraser titubeó o sólo era su pasado reconstruyéndose en segundos, reconstruyéndolo en partes que se reconocían y que se estrecharan en una hermsa y extraña felicidad. No podía estar seguro, quizás fue sólo un estremecimiento...

Volví a sentir.

Lanzó la cápsula con la información y el programa de personalidad, todavía sin activar. mbos se alejaron de la terminal permaneciendo ahí, sólo al otro lado de las pantallas mientras éstas todavía parpadeaban en la oscuridad del sótano, iluminando a un extraño cuerpo que permanecía conectado aún, esperando en silencio o sólo silenciando la espera.

Un minuto después un láser de alto poder penetró la pared de la habitación y atravesó su cabeza. El cuerpo se desplomó inerte mientras otros disparos destruían las pantallas y la oscuridad lo cubría todo.

Fui lanzado en medio de un vértigo que me costaba entender, aunque ya estaba en suspensión, lo suficiente para poder ser parte de lo que sucedía más allá de las pantallas. No estaba activado. Puedo ver y me he visto a mí mismo desde hace una hora, aunque me costó reconocermelo. O quizás han pasado años... no estoy seguro. Aquí siempre parece ayer y mañana. Soy Exerion... soy Víctor Morales... soy también voces y ojos perdiéndose en pantallas difusas... un niño jugando... una madre irreconocible... un padre cuyo rostro no existe y es sólo contornos y bondad. Soy un programa esperando, esperando que me encuentren para renacer.. o desaparecer para siempre. Soy un juego. Una emulación que flota en una galaxia de emulaciones que espera su oportunidad. Podría estar aun más vivo y hablar con claridad pero necesito que alguien más allá de donde puedo llegar inserte mi nombre-clave. Será una larga espera. ¿Quién podría relacionarme con un informe sobre muertos y desaparecidos ? ¿A quién le importa si lo soy en la hypernet?

¿Hay alguien que haya jugado al Exerion y recuerde su nombre como solía hacerlo un niño cuyos recuerdos parecen temblar en mí?

El Libro De Shklovski

Sergio Amira A.

Recuerdo con meticulosa precisión las circunstancias que interesan a mis carceleros, todo lo ocurrido luego sin embargo, se toma nebuloso. No es para menos, mientras la humanidad desaparecía a una velocidad alucinante yo me hallaba recluido primero en un psiquiátrico, a penas consciente de mí mismo debido a las drogas y luego en una especie de estado de hibernación a bordo de éste vehículo. Fui abducido muy tempranamente, antes siquiera de que los inexplicables decesos preocuparan a la opinión pública. La primera víctima de Enki fue Silvina, la siguieron luego Román Trugeda, Emilio Navarro y el resto de la población del planeta de acuerdo a lo que me han informado Gregorio y Cordelia. Según Cordelia Enki padece de un hambre eterna, cómo esa criatura theriomorfa presente en las tradiciones de los nativos norteamericanos, el Witiko o Wendigo. Al principio su alimentación era pausada pero su apetito parecía crecer con cada refrigerio. Desconozco cuanto tiempo le tomó a Enki borrar al homo sapiens sapiens de la superficie del planeta, se me tiene prohibido hacer preguntas, fue la primera advertencia que formularon y aprendí dolorosamente a acatarla tras ser sacudido por una descarga eléctrica que me dejó dando botes por el suelo, lo poco que sé es gracias a Cordelia.

Desde que me despertaron tengo mucho tiempo para pensar. Mi celda es una replica exacta de mi habitación, incluso tengo la misma vista desde la ventana, ¡cuantas veces no he soñado en abrirla para arrojar-me al vacío! ¡Vana esperanza!, la ventana es un simulacro. Tengo todos mis libros aquí conmigo -o los simulacros de estos-, mis discos compactos, mi radio, incluso tengo baño en suite, algo que mi antiguo cuarto no poseía y que mis carceleros han tenido cuidado de añadir a esta reconstrucción. En cuanto a la comida esta es pésima, similar a las compotas para lactantes.

No me preocupa mayormente el fin del mundo, soy cómo un personaje Borgeano., convencido de la futilidad de todo. Lo que me atormenta es haberme convertido en una singularidad y que toda comunicación con otros seres humanos, incluso la más sencilla, me esté vedada. Verán, Gregorio y Cordelia son buenas personas, pero no son humanos (aunque esto suene contradictorio). Tal vez sean hologramas o puede que tengan la habilidad de cambiar de forma, quizás sean androides, proyecciones telepáticas... Incluso cabe la posibilidad de que sean programas al interior de un computador al que mi cerebro estaría conectado al más puro estilo Neuromante. He especulado incluso, que debido a que el hombre no es capaz de aceptar lo que no comprende, a que busca por fuerza sentido en el orden y a que nuestro cerebro está diseñado para encontrar dicho orden en las cosas, que estos seres se presentan ante mí tal cual son pero que su morfología es tan desconcertante que mi mente los percibe cómo dos sujetos de lo más nonnales. Lo más probable en cualquier caso es que Gregorio y Cordelia sean tan sólo constructos que sirven de intermediarios entre yo y la verdadera inteligencia detrás de todo esto.

Hoy me han pedido por enésima vez hablar del Libro de Shklovski y de la reunión en casa de Trugeda. Pienso que si estos sujetos pudieron recrear mi habitación completa hasta el más mínimo detalle deben haberlo hecho a partir de información que han recuperado de mi cerebro. (¿No podrían mediante el mismo método enterarse de todo lo demás entonces? ¿Qué objeto tienen estos interrogatorios? De cualquier forma, ahí vamos.

La culpa de todo esto la tiene Gonzalo Le Feuvre, con él se cruzó mi errante camino cierto día en que la fortuna no me era del todo favorable. ¿Las circunstancias del encuentro? Avenida Pedro de Valdivia, después de haber realizado algún trámite sin importancia. Estado moral: ociosidad, hastío por los vicios e injusticias del mundo moderno. Estado laboral: cesante, recientemente despedido de mi empleo por culpa de un accidente del que se me acusaba ser gestor. Todos estos infortunios sumados a la obligatoria mudanza a casa de mi hermana y su poco entusiasta marido debido a mi nula capacidad por costear el arriendo del cuartucho en que vivía. Entra en escena Le-Feuvre, el joven poeta iba de visita a la casa de Alfredo Hauchecorne, ubicada en una de esas calles ciegas de Pedro de Valdivia. Me sugirió que lo acompañara. - ¡Cómo te vas a perder la oportunidad de conocer a Hauchecorne! -me dijo-. ¡Tiene una biblioteca increíble!

La propuesta de Le-Feuvre tuvo en mí un efecto seductor casi instantáneo. Conocer a Alfredo Hauchecorne, ¡y en su casa! Un momento, ¿y si le importunaba la aparición de una visita extra? Ciertamente no sería la ocasión más afortunada para ser presentado ante uno de los hombres de letras más ilustres de Chile.

-No habrá problema, te lo aseguro. Hauchecorne es muy amable, ya veras -dijo Le Feuvre. Sus argumentos parecían convincentes por lo que accedí a acompañarlo.

A Le-Feuvre le había conocido a principios de año. Por aquel entonces me parecía bastante insoportable y es que había obtenido el primer premio del concurso de poesía juvenil Me niego a guardar silencio, organizado por Mnemotecnia Ediciones. Alfredo Hauchecorne, único jurado del concurso, no escatimó elogios para Le-Feuvre llegando a decir que éste representaba la continuidad poética en nuestro país -cosa que me pareció algo exagerada.

Hauchecorne en persona nos abrió la puerta saludando afectuosamente. De inmediato nos hizo pasar a su despacho que albergaba una biblioteca que nos dejó boquiabiertos. Ahí estaban los libros en sus estanterías, con o sin polvo según el criterio de del poeta. Le-Feuvre se precipitó a revisar los títulos exclamándolos a viva voz. Hauchecorne observaba con una sonrisa benevolente mientras fumaba tabaco francés en una pipa tallada. Nos invitó a tomar asiento y ofreció café negro con crema. Mientras LeFeuvre escudriñaba en la biblioteca de Hauchecorne y éste preparaba el café un gato enorme que dormitaba sobre el escritorio llamó mi atención. Fue bueno saber que a Hauchecorne le gustaban los gatos, eso me ayudó a relajarme, siempre he sospechado de la gente a 1as que no les agrada la compañía felina. Soriano decía que todos los escritores con corazón se han ganado un gato que los sigue y los protege. Pensé en el gato del Dante, el de Baudelaire, el de Lewis Carroll, el de Borges...

De niño no tuve muchos amigos, mi gato Enki era mi único compañero de juegos. Lo acechaba entre las plantas del jardín y me le arrojaba encima con el cuchillo de madera entre los dientes. Combatíamos, Enki me devolvía los golpes, arañazos de mentira entre un revoltijo de cojines y sillas volteadas.

-Quince mil, pero eso fue hace tres años -fue la respuesta de Hauchecorne a las preguntas de Le-Feuvre: ¿Cuántos libros tienes? -Los has contado?-. Esta biblioteca la heredé, junto con la casa, de mi abuelo paterno. No tuve acceso a ella sino hasta mi regreso a Chile, a mediados de los ochentas. No me crié bajo la sombra de este inmenso roble como podrían pensar. Pretendo botar el techo de la habitación para poder alargar los estantes y colocar una escalera.

La ausencia de libros de la pluma de Hauchecorne en su biblioteca extrañó a Le-Feuvre, nuestro anfitrión dijo que no había libros suyos porque seguía teniendo el hábito de la buena lectura. Ambos rieron de buena gana mientras me invadía una ligera sensación de Dejavu. Los poetas hablaron y a nuestra presencia se desmerecieron y de un salto bajó del escritorio.

-¿Cómo se llama el gato? -pregunté.

-Alistair, se llama Alistair. Es cómo el gato de ese poema de Nicanor Parra, un ser más allá del bien y del mal. A pesar de sus años aún conserva la misma mirada que me cautivó cuando lo recogí de la calle, esa mirada que te atornilla al sillón y ese ronroneo que precede a la llegada del diablo.

La velada terminó con un paternalista Hauchecorne aconsejando a Le-Feuvre sobre los peligros del éxito. Éste último hacía oídos sordos a dichas recomendaciones ya que ambicionaba a como de lugar la corona de Amaranto, con la que se coronaba a los poetas dignos de inmortalidad. Sin duda alguna que Le-Feuvre era un romántico, si por romántico entendemos a aquel que "busca inflar su yo a la medida del universo".

Yo miraba a Le-Feuvre por si hacía algún gesto de levantarse de su silla, el agotamiento de Hauchecorne era evidente pero mi amigo no parecía enterarse. Finalmente fue el dueño de casa quien dio el vamos a nuestro éxodo. Se levantó del sitio en que se hallaba cómodamente sentado y se dirigió hacia su escritorio.

-Tomen, dos entradas para una conferencia de la Academia Utópica. Me las enviaron por correo pero la verdad es que no me interesa.

Aproveché la situación para sugerir la retirada. Antes de siquiera abandonar la biblioteca mi amigo "recordó" algo.

-¿Podrías prestarme un libro? -inquirió de manera despreocupada, disimulando las ansias que tenía por echarle el guante a la biblioteca de Hauchecorne.

-Por supuesto -contestó éste-, ¿alguno en particular?

-La Nueva Novela si fuera posible.

Hauchecome titubeó unos instantes para luego acceder a la petición del joven poeta no sin antes las recomendaciones de rigor.

-Cuidala como hueso santo, es una primera edición. -Hauchecome alargó su velluda mano y tomó el libro, el espacio vacío dejado por éste me hizo reparar en uno de sus vecinos de estante.

-¿Y este libro? -pregunté.

-Ese libro es uno de los más curiosos de mí biblioteca no por su contenido a diferencia del dicho popular sino por su tapa -Hauchecome sacó el libro del estante, depositándolo en mis manos-. La tapa esta forrada en la piel del autor. Como pueden evidenciar esta escrito en un lenguaje incomprensible. El autor es Piotr Shklovski, poeta ruso del siglo XVIII que perdió una mano tras caerse de un caballo. Es la piel de su mano amputada la que cubre el libro.

Desde ese momento en adelante no pude apartar mis pensamientos de aquel libro, no podía sustraerme de su órbita, me jalaba como la tierra a un aerolito. De inmediato recordé la historia del Zahír, ese objeto que posee la terrible virtud de ser inolvidable y que termina por enloquecer a quien lo contemple. Puede que el libro haya tenido en mi el efecto descrito por Borges, de otra manera ¿cómo se explica que luego de nuestra visita y estando ya casi en la puerta despidiéndonos de nuestro anfitrión haya, so pretexto de haber olvidado algo, vuelto a la biblioteca para tomar el libro, guardarlo en mi bolso y salir como si nada?

- ¿Que té pasa? -preguntó Le-Fcuvre a medida que nos alejábamos del lugar del crimen-. Te noto algo agitado.

-Nada, no ocurre nada, es que se me hizo tarde, después nos vemos, adiós.

Hauchecome no merecía la posesión del libro, para él no tenía mayor valor fuera de la anécdota. No era más que una "curiosidad" dentro de su biblioteca, una curiosidad como los Innuits que ciertos científicos inescrupulosos llevaron como "muestra viva" al Museo Americano de Historia Natural de Nueva York en 1897, curiosidad como lo fueron los tallados africanos para Picasso que hasta último momento negó haberlos visto previo a las Demoiselles de Avignon.

Para mí en cambio, el libro era un objeto mágico, capaz de invocar fuerzas y poderes superiores, cual piedra filosofar. Desde un principio intuí que encerraba un misterio que a Hauchecome, o bien se le pasó por alto, o simplemente no le interesó develar. Algunos se contentan con juzgar a un misterio como algo más allá del alcance de la comprensión humana, yo sin discrepar del todo con dicha postura consideraba mi deber el intentar comprenderlo, hasta donde ello fuera posible dentro del dominio del intelecto, como recomienda Taimni pero, ¿cómo dar con la íntima arquitectura alfabética en la que encontrar la anhelada escalera que me permitiría ascender a la fuente de toda razón y descender a sus infinitas ramificaciones para encontrar lo ignorado y oculto?

No encontré información alguna sobre Piotr Shklovski, debió ser un poeta bastante desconocido ya que no figuraba en ninguno de los documentos referentes a las letras rusas que afanosamente revisé.

Encefálico, ningún otro pensamiento que no fuera el de descifrarlo, el encuentro con Le-Feuvre (no recuerdo las palabras que intercambiamos, no hizo alusión al libro, Hauchecorne probablemente ni siquiera se había percatado de su ausencia), los reproches de mi hermana, las miradas poco amistosas de mi cuñado, las extensas jornadas frente al libro, hojeándolo una y otra vez...

Café Santos de la Galería Imperio, bebo un express mientras espero a Emilio Navarro, un amigo escritor de C-F con el que esperaba poder hablar del asunto. Emilio era despreciado por los escritores "serios" -escritores, la verdad, más "prejuiciosos" que "serios"- que le reprochaban el malgastar su talento en utopías científicas. A Emilio este desprecio que sus colegas de la rama más tradicional de la narrativa nacional profesaban por la literatura de C-F lo tenía sin cuidado, se sabía único, miembro de una selecta y escasa especie de la fauna literaria chilena.

A Emilio le debía el haberme acercado a esta literatura de la que conocía ciertos autores a través de mi pasión por Borges. Gracias a Emilio pude distinguir a la C-F dura o "hard" de la blanda y comencé a interesarme por taquiones, procesos de terraformación y naves generacionales. De no ser por esta tardía conversión a la C-F y la manera en que ella amplió mis horizontes cognoscitivos me habría vuelto totalmente loco.

-Estoy cansado de escuchar a los lectores de ciencia ficción diciendo que la caracterización de personajes no es importante -decía Emilio -. La verdad es que la caracterización de personajes en la ciencia ficción es incluso más importante que en la narrativa "normal". Después de todo, si el autor no puede crear personajes humanos creíbles probablemente tampoco podrá caracterizar alienígenas de forma convincente. Larry Niven consiguió un interesante resultado en lo que a la creación de personajes ficticios extraterrestres se refiere, pero su falta de pericia en caracterizar humanos se traspasó a sus alienígenas. -Emilio, hay otro tema que me gustaría tratar... -Tomemos a los Kzinti por ejemplo -prosiguió Emilio sin prestarme atención-. Los Kzinti son el clásico ejemplo de un animal terrestre, parado en sus patas traseras, inteligente, pero con la mayor parte de sus características derivadas del comportamiento del animal modelo. Los Kzinti son tigres inteligentes, y eso es alrededor del 90% de creatividad puesta en ellos.

v-Emilio, es otro tema el que me preocupa...

-Los Titiriteros de Niven son mejores, por lo menos no poseen ningún análogo físico obvio en la fauna terrestre. Sin embargo son lo que Robert J. Sawyer denomina "Spocks", toma una de las muchas características que definen la psique del ser humano, ponla en primer plano, excluyendo las demás y llámala una raza alienígena. En el caso de Spock se trata del estoicismo, algo de lo que todos poseemos un poco, en el de los Titiriteros, la cobardía.

-Emilio, deja el monólogo y préstame atención unos segundos ¿quieres?

Una vez captada la atención de mi amigo le expuse mi "problema", éste escuchó atentamente para luego solicitar que le mostrase el libro. A regañadientes acepté, siempre lo traía conmigo, la casa de mi hermana no era segura.

-Esto claramente no es ruso, griego, japonés, ni ninguna otra lengua que pueda reconocer -dijo Emilio examinando las páginas del libro-. Toma, devuélvelo a tu bolso, no queremos llamar la atención ¿no es así?

-¿Y? ¿Alguna sugerencia?

-Tengo un amigo que podría ser de ayuda en éste caso. es decir, no precisamente él sino su novia.

-¿Involucrar más gente? No me parece recomendable Emilio, Hauchecome va a terminar por enterarse del hurto.

-No te preocupes, tu secreto no corre peligro, son personas de confianza, de no serlo ni siquiera habría considerado proponerte que los contactásemos.

Así fue cómo nos reunimos unos días después, en el Café de La Rue con Román Trugeda, un ex-compañero de aulas de Emilio experto en semiótica y aficionado por igual, al género de la C-F, a la CF dura para ser más específicos.

Trugeda fue uno de nuestros más destacados teóricos, él había sido responsable de la visita y presentación de Gérard Argellies en el Salón de Honor de la Universidad de la Costa de Valparaíso, fue Gestor y Director del Coloquio Internacional sobre el pensamiento francés postmetafísico con el auspicio de la Embajada de Francia en Chile, tradujo al español textos de Argellies y Derrida, publicó un par de libros notables; El colapso de la distancia y Con sangre en el ojo, creó y redactó el programa de Bachiller en Arte de la Universidad del Gran Tilo, fue fundador de la revista literaria Norte-Sur... en fin, sería largo enumerar las actividades -todas de gran valor y alto vuelo intelectual- que Trugeda realizó en su corta pero intensa vida. En cuanto al libro el filósofo estuvo de acuerdo con las observaciones de Emilio.

-El alfabeto empleado por el tal Shklovski no corresponde a ninguna lengua conocida -sentenció Trugeda-. Es muy probable que se haya inventado un alfabeto propio, y más probable aún que la manera de descifrarlo hubiera muerto con él de no ser por que contamos con Silvina.

Una semana hube de esperar para que nos reuniéramos los cuatro ya que Silvina andaba en viaje de negocios (poseía un alto cargo en Microsoft Chile S.A.).

Silvina era "superdotada". A los quince años había terminado la carrera de ingeniería y se había ido con una beca al extranjero. Su mundo no era tan solo el de los computadores y los números ya que tenía amplios conocimientos de literatura universal. Tenía la ventaja de leer a los grandes autores en sus idiomas y hasta de pensar bien de acuerdo al Sr. Heidegger, de pensar en alemán o griego.

La cita fue en el departamento de Trugeda a las 8: 30 p. m. Cuando llegué Emilio ya se encontraba allí. Trugeda me invitó a tomar asiento y me ofreció un café. A Silvina no se le veía por ningún lado. -Me llamó hace cinco minutos, está atrapada en un

taco -explicó el filósofo mientras ponía a hervir la tetera eléctrica-. ¿Cuántos de Azúcar?

Después de esperar cerca de una hora y haber escuchado contra mi voluntad el último CD de Sting (¡puaj!), sonó el timbre. Trugeda se levantó de su sofá como un resorte disparado en dirección a la puerta.

-Aquí la tienen, ella es Silvina -anunció Trugeda con tono triunfante.

Me quedé mudo. ¡Maldito Trugeda! además de poseer un intelecto brillante y una cuenta bancaria con muchos ceros Silvina era preciosa. Tenía un rostro suave y lleno de pecas oscuritas. Sus cabellos rojizos, se apoyaban delicadamente sobre sus angostos hombros, sus ojos eran pardos, irresistiblemente atractivos, como los agujeros negros de los que ni la luz escapa. Miré a Trugeda y éste esbozó una sonrisa, satisfecho de haberme dejado boquiabierto con su novia.

Después de ofrecerle algo de beber y de acomodarla en el living

Trugeda reveló la forma en que Silvina podría descifrar el oscuro lenguaje empleado por Shklovski.

-Silvina posee una extraordinaria habilidad para traducir lenguajes, hablados o escritos. Su habilidad además se manifiesta en una gran facilidad para descifrar códigos y lenguajes computacionales. El talento de Silvina difiere de las habilidades de traducción "normales" en que es "intuitivo". Actúa en un nivel subconsciente, y aunque no lo creas está relacionado a la telepatía.

-¿De verdad? -espeté incrédulo, ya me era difícil creer que Silvina fuera de carne y hueso cómo para que Trugeda largara el cuento de la telepatía. No lo hubiese creído de no confirmarlo ella misma. -Una persona "normal", -dijo Silvina simulando con los dedos de ambas manos las comillas de la palabra normal- incluso un genio, un políglota, tendría que traducir de manera consciente, paso a paso. En mi caso el problema es resuelto en un nivel subconsciente.

-¿Quieres decir que podremos conocer el contenido del libro de inmediato? -dije entusiasta.

-No tan de prisa -contestó Trugeda frunciendo el ceño-, Silvina necesita tiempo, no le gusta ser presionada.

-Me gustaría que dejaras el libro, si fuera posible -solicitó con voz dulce la aludida. Me miró con esos ojos magnéticos y no me pude negar a entregarle el libro. ¡Como hubiera deseado haber tenido algo de esa cera que Ulises colocó en sus oídos para no sucumbir ante el embrujo de las sirenas!

La siguiente reunión fue una semana más tarde, las mismas personas, el mismo lugar. Nos agrupamos en torno a la mesa de centro sobre la que reposaba el libro y lo que Silvina tenía que comunicar fue una verdadera revelación.

-Bueno, de qué trata el libro? -pregunté impaciente.

-Éste no es un libro a la manera que nosotros lo entendemos explicó Silvina-, es más bien un aparato, por lo menos esa es la definición empleada por Shklovski, es una máquina, una máquina del tiempo.

-¿Estas hablando en serio? -preguntó Emilio sobresaltado, Silvina se estaba refiriendo a uno de los temas que más ha preocupado a la Ciencia Ficción y a él mismo-. ¿,Y cómo funciona ésta supuesta máquina del tiempo?

-Mediante la lectura en voz alta del, texto, las letras son por decirlo así, los componentes mecánicos del aparato -respondió Silvina.

En relación al viaje en el tiempo el género de la C-F y la ciencia en general han especulado bastante. Asimov, por ejemplo, escribió sobre las propiedades endocrónicas de la tiotimolina resublimada, una curiosa sustancia capaz de viajar en el tiempo. En "Houston, Houston, ¿me recibe?" de James Tiptree Jr., por otro lado, una misión circunsolar viaja hasta un futuro remoto a través de un desgarrón del tiempo creado por un racimo de agujeros negros al chocar con la fotosfera solar. Están también los agujeros de gusano, los taquiones, los campos de éxtasis... Los ejemplos son numerosos pero entre ellos no se contaba, por lo menos hasta donde yo sabía, el de un libro cómo una máquina del tiempo. Silvina alegó que la idea del libro cómo medio de transporte, cómo máquina del tiempo no era tan descabellada.

-Los libros, ya sean de ficción o de historia nos transportan a otros países, otras épocas y nos sustraen de cierta manera del espacio continuo-temporal mientras leemos, si la lectura es entretenida el tiempo se nos pasa volando y de esta manera es cómo si hubiésemos viajado al futuro concluyó la musa.

-Sin embargo el viaje en el tiempo siempre parece estar ligado a algún artilugio mecánico o aparato excéntrico, algún ingenio de alta tecnología -argumentó Trugeda que hasta ese momento no había proferido palabra alguna-. Lo que tu planteas no deja de ser tan sólo una metáfora.

-La verdad es que existen otras formas, otras variantes para el viaje no sujetas a las leyes humanas y emparentadas con la mente y el espacio -contestó Silvina.

-¡Bah! El viaje en el tiempo es imposible -replicó Trugeda algo ofuscado ante la idea de que su novia considerara posible tal absurdo".

-¡Claro que el viaje en el tiempo es posible! -exclamó EmilioCon el advenimiento de la teoría de la relatividad de Einstein, la posibilidad de construir una maquina del tiempo dejó de ser una entelequia para convertirse en una realidad. Reputados científicos cómo Kip Thome, Carl Sagan, John Wheeler, Stephen Hawking y un largo etcétera lo han demostrado.

-¡Tonterías! -exclamó Trugeda-. El tiempo es relativo, un segundo es un segundo porque lo percibimos así. Un día es un día porque ese es el tiempo que le toma a nuestro planeta rotar sobre su propio eje. En otro mundo, podría ser distinto. Podemos declarar que estamos aquí y ahora en cierto segundo o cierta millonésima de segundo, pero no podemos declarar hasta donde llega nuestra "temporalidad", nos resulta imposible. Podemos calcular nuestra dirección de movimiento, pero no nuestra

posición exacta en el tiempo. En las máquinas del tiempo imaginadas por el hombre casi siempre se incluye la presencia de un reloj al que se le ingresan las coordenadas temporales a las que se desea viajar pero la verdad es que una máquina no tiene concepto del tiempo. Ciertamente se puede construir un artefacto para que cuente hacia adelante con cuarzo y cristal y mecanismos que simulan el tiempo pero eso es todo lo que puede hacer. un simulacro. ¿,Cómo hago para que una máquina cuente para atrás? ¿,Cómo le digo a mi computador "llévame al 20 de Julio de 1973"? ¿Necesita la máquina una información más concisa? ¿,Debería precisar los minutos? ¿Los segundos'? ¿,Los nanosegundos? Por otro lado está la Teoría de la Cubeta o de la densidad absoluta del Universo. Un obstáculo comúnmente ignorado por ustedes -dirigiéndose a Navarro- es el simple hecho que el universo puede contener sólo cierta cantidad determinada de materia. Esto es comúnmente descrito cómo el "Factor Cubeta". Imaginemos que el universo es una cubeta llena de agua hasta el tope. Supongamos que un viajero del tiempo llega a este universo. Pretendamos que nuestro puño es el viajero. Introduzcamos el puño en el agua y veremos cómo ésta se desparrama fuera de la cubeta, acaba de explotar el universo ya que lo hemos llenado con más masa de la que puede soportar. ¿Y que hay del universo dejado por el viajero? Ahora hay menos masa en ese universo de la que debería haber. La inevitable conclusión es que tal hecho produciría inmediatamente un agujero negro que se tragaría al universo entero.

-También está el asunto de las paradojas -acoté-, todos hemos oído el caso del tipo que viaja al pasado y mata a su abuelo que entonces no engendra al padre del primero que luego no existe por lo que no puede viajar en el tiempo para matar a su abuelo en el pasado.

-Por otro lado es bien sabido que nuestra percepción del tiempo no es lineal sino logarítmica. Intervalos de tiempo recientes son exagerados mientras intervalos distantes son comprimidos. No importa cuanto tiempo vivamos, siempre vivimos en el presente, el pasado y el futuro no existen, cualquier persona con más de dos dedos de frente lo sabe afirmó a su vez Trugeda.

-Bueno, creo que deberíamos dejar de lado la discusión de los pro y contras del viaje en el tiempo para concentrarnos en los contenidos del libro de Shklovski. ¿Que es lo que dice exactamente? ~preguntó Emilio evitando un prolongado desarrollo de la discusión en torno a lo plausible de tal viaje.

-Las primeras páginas explican la mecánica por la que funciona el libro, el resto es una serie de palabras posibles de pronunciar pero de no aparente significado.

-¿Una palabra que no significa nada? Vaya contradicción exclamó sarcástico Trugeda.

-Otro factor interesante es que al parecer el método de viaje en el tiempo proporcionado por este libro no interfiere con ninguna de las objeciones por ustedes propuestas.

-¿Cómo así? ¡Explícate de una buena vez! -gritó Emilio. -Quienes sean más aptos psíquicamente podrán acceder al estado "fuera del tiempo" con tan solo leer unas cuantas páginas del libro, para aquellos que no posean dicha cualidad será necesario

leerlo hasta el final. Las palabras, los sonidos pronunciados en voz alta inducen un flujo constante de la pauta cerebral alfa. No hace falta pasar a las ondas beta; de hecho podría resultar un inconveniente. Una vez mental

una sensación de intemporalidad y suspensión del factor tiempo. A partir de ahí, la intemporalidad de la mente puede conducir a zonas de tiempo concretas, a momentos de la historia pasada o de acontecimientos futuros, aquí en la Tierra o cualquier parte del universo. El viaje es en el fondo el acto de permitir que esa parte del alma o espíritu que está en estado intemporal inyecte en el hemisferio derecho del cerebro una serie de impulsos que se retransmitan luego al hemisferio izquierdo donde se traducirán en imágenes, formas o palabras que son términos reconocibles de referencia aquí en el presente. El viajero, el alma de viajero, no tiene sustancia corpórea ni masa estando "fuera del tiempo" por lo que el efecto cubeta queda suprimido. Tampoco puede incidir en los eventos que presencie, es un mero observador, un fantasma sin corporeidad alguna lo que suprime las tan molestas paradojas que arriesgarían al universo entero.

-Eso tiene sentido -argumentó Emilio entusiasmado-. Valerio Evangelisti ha especulado en tomo a los psiones, partículas generadas por el cerebro humano que enlazan la mente con leyes encuadradas dentro de la física cuántica y Greg Egan por otro lado lo ha hecho con las aplicaciones del dominio de la mente sobre el mundo cuántico.

-¡Cómo en Duna! -exclamé-. Donde los navegantes de la cofradía tienen la capacidad de expandir su conciencia a millones de años luz por el universo, lo que les permite transportar cualquier objeto, incluida una nave espacial.

-Todo esto es un fraude entonces, ser un simple espectador, no poder cambiar el curso de la historia, no poder matar a mí abuelo a ver que pasa, ¡qué frustrante! -alegó Trugeda.

-¿Ya has intentado el viaje? -preguntó Emilio a Silvina. -Aún no, esperaba llevar acabo el experimento en el transcurso de esta velada. Román y yo discutimos mucho al respecto, temía que ustedes me tomaran por una demente, que creyeran que estaba inventando todo esto, yo les demostraré lo contrario le afirmé, a regañadientes aceptó.

_Aún no estoy convencido del todo pero en fin, que daño puede causar, el viaje en el tiempo es imposible, si lo fuera ya existirían pruebas de viajeros del tiempo.

-Claro que existen pruebas, cómo aquel arqueólogo que investigando un rastro de huellas de un dinosaurio carnívoro descubrió la prueba de un viaje en el tiempo, huellas de calzado humano impresas en un barro de 75 millones de años de antigüedad -argumentó Emilio.

-Eso no prueba nada, ¿quien dice que esas huellas no son de extraterrestres que visitaron la tierra en esa época, o de una humanidad anterior cómo plantean las piedras de lea?

Mientras Emilio y Trugeda volvían en el vacío, podría desatar fuerzas incontrolables. De ser este libro una real máquina del tiempo ¿no seríamos cómo unos niños de cuatro años jugando con un revolver cargado?

De pronto una luz blanquecina comenzó a brotar del libro, cada palabra que Silvina articulaba acrecentaba aquel brillo. Al parecer yo era el único consciente de lo que estaba ocurriendo, Emilio y Trugeda estaban cómo hipnotizados. Me dio miedo, que digo, me cagué de miedo. Intenté coger del brazo a Emilio que se encontraba sentado junto a mí pero fue imposible moverme, estaba paralizado, intenté gritar pero ningún músculo respondía a mi voluntad, la luz creció hasta convertirse en algo que ahora sé era una fisura en el tejido del espaciotiempo. De aquella grieta surgieron una serie de enormes escupitajos azulosos que tras salir despedidos chocaban contra las paredes, el techo y los muebles tiñéndolo todo de dicho color, a pesar de la aparente inmovilidad todo se retorció y ablandaba cómo en un cuadro de Dalí para luego recobrar solidez, para luego volver a ablandarse. No podía ver a Silvina ya que el portal se había abierto justo frente a ella, tampoco podía escucharla debido a los chirriantes sonidos que los esputos producían. Fue entonces cuando del interior de aquella puerta surgió de un salto una figura iridiscente similar a un felino de gran tamaño, lo vi pasar por sobre mi cabeza para luego desaparecer. El departamento y las personas recuperaron sus colores y formas, Silvina había interrumpido la lectura a petición de Trugeda.

-Ya es suficiente, llevamos media hora y no pasa nada, admítalo mi amor, ese libro es un fraude, un completo fraude.

Yo no salía de mi asombro, algo había ocurrido, no lo que Silvina ni ninguno de nosotros esperaba pero había ocurrido. Algo había "entrado" a esta habitación, a este universo, algo que había desaparecido sin ningún rastro. El fenómeno sólo había sido presenciado por mí, eso era evidente. Decidí callar, apoyé la tesis de que el libro era un fraude y lo solicité de vuelta para retomarlo a su legítimo dueño. Trugeda hubo de arrancarlo de las manos a Silvina, me pidió disculpas, Silvina estalló en lagrimas, anuncié mi retirada y abandoné el departamento junto a Emilio.

¿Que salió mal? ¿Era ese libro una trampa? ¿Qué era aquello que había visto surgir del portal?

Al día siguiente, una vez que la casa había sido abandonada por sus legítimos ocupantes, es decir mi hermana, su marido y mi sobrina, arrojé el libro a la tina del baño, le derramé un frasco entero de un perfume de aroma muy desagradable que me habían regalado para mi último cumpleaños y le prendí fuego. El libro comenzó a arder tan fuerte que hube de dar el agua de la ducha y así extinguir el potencial incendio. Abrí las ventanas de par en par, la humareda y fetidez inundaban el departamento. Con las hojas húmedas no fue problema arrancar las páginas, destrozalas en diminutos fragmentos y luego arrojarlas al tacho de los desperdicios junto a la morbosa cubierta de piel a medio chamuscar.

Esa noche soñé con él por vez primera pero no era un sueño. Lo vi alimentarse de su primera víctima, Silvina, luego de Trugeda, de Emilio y de un sinfín de otras vidas. De alguna forma se había establecido un lazo psíquico entre nosotros al cual yo sólo podía acceder dormido. Las visiones no me perturbaban, míos eran su instinto

asesino, su insaciable hambre. Cordelia me contó que se alimenta de la energía liberada al momento de la muerte, la emanada de los humanos le resultó particularmente deliciosa. Es un depredador implacable, un ser cuyo estado natural es el gaseoso pero que puede solidificarse a voluntad y adoptar cualquier forma. Me usó para entrar a éste mundo, necesitaba de una mente que le sirviera de anclaje y que no podía ser la de Silvina, es decir, la puerta. Aquella forma con la que lo vi aparecer fue modelada a partir de mis recuerdos, del recuerdo de Enki, el gato que me acompañó durante gran parte de mi niñez.

En un principio pensé en que Silvina había efectuado una traducción defectuosa pero es más probable que el libro haya sido una trampa. Según la escueta explicación de Cordelia el libro era algo así como el Zievatron de David Brin, una maquina capaz de abrir caminos entre diferentes "realidades", un medio de transporte capaz de conectar diferentes puntos separados por el espacio... y por el tiempo. El Tal Shklovski no era el autor, al parecer lo habría transcrito del original cuya procedencia era tan oscura como la de Enki. Mis insolentes carceleros permitieron a la criatura actuar libremente con el fin de estudiarlo, pero en un momento de descuido le perdieron de vista, tal como si de un tigre que huyó del zoológico se tratara. Enki abandonó la Tierra, su paradero actual es desconocido, esperan ubicarlo con mi ayuda antes de que se zampe otro mundo.

No he vuelto ha soñar con él, Cordelia especula que debe estar inactivo, puede que haya saciado su hambre por un tiempo, de cualquier forma me han asegurado que apenas vuelva a alimentarse volveré a soñarlo y entonces, podrán rastrearlo.

Mientras Gregorio y Cordelia abandonan la habitación recuerdo un fragmento de un poema de Borges. «No son más silenciosos los espejos / ni más furtiva el alba aventurera, / eres, bajo la luna, esa pantera que nos es dado divisar de lejos.»

Ixtlan

Gerson Salinas

Los tonos grises y opacos, tan amados por nosotros, la línea recta de columnas altísimas, los amplios espacios siempre rectangulares, la música ambiental pausada llenando todo el edificio del Consejo, es acá, en el corazón del trópico, con vista a un río de lenta corriente, donde Ixtlan espera ser presentado a juicio, el cuál como pena mínima lo condenará al extrañamiento en las mazmorras de aislación tecnológica; Tras la barrera de luces azuladas que marcan el campo activado de su reclusión, un guardia de piel negra mira las pantallas, cambiando al tacto las imágenes de los lugares recorridos, al interior y por todo el perímetro del magno edificio, sin apenas prestarle atención al reo, pero alejándole la libertad.

Fue durante la época de las lluvias, tiempo atrás, cuando el prometedor experto en Artes Antiguas dio muestras de un ego desmesurado; bueno, muchos saben que cualquier expedición a las zonas vedadas es algo sólo posible a aquellos de mucha valía: el permiso, la tecnología, sobre todo las naves con las cuales transportarse constituyen una difícilísima empresa. Ixtlan lleva ya varias expediciones de este tipo a esa fecha, en búsqueda de restos con los cuales reconstruir la historia de aquel pueblo maldecido por los dioses, durante las últimas fue el jefe nominal, aunque no el real porque el puesto correspondía siempre a personajes estatales de seguridad. A la vuelta de ellas se convertía en casi una celebridad, las inferencias ante la Sociedad de Sabios eran seguidas por muchos en sus pantallas. Era el expedicionario más exitoso de este tiempo, a ojos de muchos, pero el valor final de sus descubrimientos no era muy conocido; cosa rara, a su llegada de una extensa salida a las tierras prohibidas, en una entrevista, dio a entender que la próxima cita ante la Academia daría a conocer su teoría completa, terminaba el ciclo de cavilaciones, los últimos indicios recogidos en la gira lo probaban; cierta frase dicha por el Dr. Ixtlan levantó grandes olas en algunos clanes conservadores, por ejemplo, Ocho Venado Garra de Tigre y el sureño Trece Pillán Dura Araucaria, siempre abrazando la causa antigua como guardianes del poder y la moral.

El problema se presentó durante la transmisión de sus palabras ante una Academia de Sabios repleta de pompa, tras unos circunloquios muy interesantes sobre posibles explicaciones al poderío de nuestra raza y al lugar ocupado en el universo, porque cuando se aprestaba a relatar su propio descubrimiento, la figura se detuvo en la pantalla dejando al momento el logo del Ministerio de la Cultura llenando la señal, mientras una femenina voz indicaba que por problemas técnicos no se podría continuar con la conferencia.

Hasta acá llega mi relación de los hechos como simple espectador, aquella vez yo atendía el terminal de video pues me servían unos plátanos fritos, el repentino velo sobre el catedrático, algo nimio para la mayoría, me confinó mis propias ideas y fue una severa llamada; desde ese momento fui uno de los discípulos del Dr., averigüé todo lo posible de sus actividades y preparé mi salida de la ciudad donde cumplía

labores ya demasiado rutinarias, para viajar a un largo periplo, según dije a mis colaboradores.

Yo pude leer ciertas sonrisas en sus cabecitas, no me engañaban, estaban hartos de mi presencia, más de las exigencias. Eramos un equipo de artistas el cual yo comandaba, por entonces trabajábamos creando un muro con una perspectiva frontal enigmática mediante la menor tecnología posible, esto los enloquecía, profesionales de la visualidad, con años de estudio en programas de robot pictóricos, debían colorear con pinceles los trazos de fotogramas gigantes; yo buscaba manipular una poderosa ilusión óptica, la realidad no tiene una sola forma de ser mirada, les repetía, pero ellos no me comprendían. De tal modo les dejé mis directivas y marché.

A pesar que el panteón de los dioses ya es poco frecuentado, ellos sí se sugieren, a veces de forma abrumadora. Pronto llegué a la Metrópoli, sede del Consejo y la Academia de Sabios; una vez solucionado el alojamiento sin revelar mi condición de artista para no ser objeto de empalagosos halagos, en un típico hotel de limpieza clínica, comencé a buscar al señor Ixtlan; para mi sorpresa al parecer no era el único, otras dos personas también se dirigían hacia los mismos lugares en donde yo me apersonaba e inquirían por él. Días más tarde tenía una señal en mi correo privado, citándome a una dirección en las afueras de la ciudad.

Era una vieja mansión, residencia de algún poderoso de siglos atrás, de seguro de otras latitudes, no pude dejar de notar el estilo "11 georgiano" de la construcción, manteniéndose en pie gracias a los frecuentes aplicados de polímeros a la totalidad de la estructura. Allí funciona un museo de pequeños objetos del pasado, chucherías, adornos, cronómetros, algún aparato doméstico... todo de antigua tecnología y peor diseño, aunque tal vez el género de su belleza está lejos de mi representación, miraba las vitrinas aguardando a quien me citara, ya sabría dar conmigo.

Pronto alguien tocó mi hombro y con un leve gesto me hizo seguirle. En los jardines del lugar otras personas esperaban, sentí aflicción cuando no pude divisar al doctor Ixtlan, uno de ellos se adelantó, me tendió la mano para después presentar a los demás, entonces reconocí a los dos sujetos del día aquel, cuando indagaba. Todos formaban un círculo de fieles iniciados, seguidores de los descubrimientos del doctor, yo les mostré mi profundo interés por el asunto, y a pesar de los esfuerzos cordiales de quién me presentara para disuadirme de pertenecer al grupo, quise ser uno más.

El mismo personaje anterior comenzó enseguida una exposición sobre la situación, durante varios días desconocieron el paradero del catedrático - explorador, aprehendido, si lo sabían, por las fuerzas de seguridad durante su charla en la Academia. Hubo un gran revuelo entre los seguidores y sabios presentes por el evolucionado cariz de la teoría basada en sus descubrimientos, apenas alcanzaba a esbozar pues en un intermedio de la disertación salió a contestar una llamada, ya no pudo volver. Nadie se dio cuenta hasta tarde de su desaparición. Por fin tras muchas averiguaciones lograron noticias de él, pero sin poder tener contacto, su domicilio y estudio fueron allanados, fue requisado todo el material. Ahora se encontraba en el edificio del Consejo esperando un juicio a puertas cerradas.

Era necesario hacer algo, aunque los obstáculos parecían insalvables, cuando terminó de hablar estuvimos largo rato en silencio, alguno pensó en continuar nuestra reunión en otro momento, pero nadie puso reparos a la decisión irrevocable de liberarle, noté que no teníamos aliados más poderosos. De veras todo esto representaba muchas dificultades, se sugirió realizar alguna operación nocturna subiendo los muros del recinto en donde se hallaba, sin embargo, a pesar de nuestra valentía, ninguno tenía experiencia en escalamientos ni menos en uso de an-nas, pues de seguro se encontraba muy vigilado.

Conozco bien eso de "la suerte es de los audaces", no tenía mucha confianza en la cordura de cada uno de los integrantes, sí creía en la locura colectiva de todos nosotros; Recordé en ese instante ciertos artefactos de teletransportación, por entonces sólo prototipos, en poder del buró de los artistas, como un avance tecnológico de apoyo a nuestra profesión. En Monte Alban, en una galería interactiva, pusimos a funcionar por primera vez algunos para mostrar lo que llamé "E] Arte del Traslado Etéreo", en la persona de un sedado capivara. Nadie como nosotros puede conocer más las delicias y peligros de la libertad. Imaginé como aquello nos podría servir, lo planteé al grupo, confiando a los técnicos e ingenieros el acoplar los detalles, pues entre todos eran la mayoría, yo soy un artista y mi trabajo es la creación. Así fue, en poco tiempo ellos analizaron las posibilidades, mientras les observaba repasando sobre mi piel la loción pigmentadora, aprovechando esa tarde soleada.

El resultado de los días siguientes fue esperanzador, además, sin buscarlo, me convertí en un innovador tecnológico al hacer avanzar hasta lo que es hoy la teletransportación, desechando las advertencias y temores teológicos de algunos chamanes. Mientras, otros integrantes del equipo husmeaban la forma de entrar en contacto con el doctor, hasta lograrlo haciéndole llegar una cápsula transmisora de última generación.

A estas alturas me pregunto el porqué de todo esto, pero yo participé como un riesgo que daba más interés a mi existencia antes de analizar especulaciones, además en un momento inicial las encontré sin mucho asidero; el Dr. Ixtlan fue el primero en traer extraños objetos siempre abollados o calcinados desde las zonas contaminadas, eso yo vi en sus anteriores video - conferencias, pronto fue un veterano en toda la comunidad científica, por cierto, son demasiados y una carga para el mundo y cada anuncio de una nueva misión encontraba apoyo inmediato entre los sabios e intelectuales. Entonces las tierras contaminadas, en donde antaño vivió esa pésima civilización, poco a poco fue siendo reconocida, pues otros también lograron organizar salidas, pero sólo él fue capaz de excavar en el subsuelo de los lugares de peor índice, en donde existieron al parecer comunidades, allí encontró una verdadera "biblioteca en polvo", como decimos. A la vuelta se encerraba en los laboratorios a hacer sus ensayos, buscando indicios de algo mayor, ya la teoría oficial sustentada por la autoridad, desde hace cientos de años, no le satisfacía. Todas esas zonas del planeta sufriendo una muerte súbita, con toda la vida desaparecida a causa de una horrible lluvia de fuego enviada por los dioses como castigo, la verdad sea dicha me dice poco; Esa búsqueda de evidencias tendía a dar sus frutos porque el pasado siempre se engarza en lo actual. El doctor literalmente taladraba el conocimiento perdido, era necesario; en esto todos estábamos unidos,

no sólo queríamos ser espectadores, para que la obra hablase de huellas, marcas y el paso del tiempo.

Cuando recibió el transmisor, nos hizo saber su agradecimiento, si alguno de nosotros se hallaba decaído, su espíritu revivió bajo la influencia de sus palabras. Allí recién pudimos saber que no todo el material se hallaba en poder de los oficiales de seguridad, sino precavido, guardó copia de las pruebas antes de dar la conferencia en la Academia. Trabajamos arduamente dejando a punto todo; yo, con mi mejor tenida, con todas mis credenciales de artista, acompañado de algunos ayudantes técnicos también del mismo grupo, fui hasta las oficinas del buró de la Cultura, por supuesto, no tuve ningún problema y sacamos los equipos necesarios.

Lo demás no fue tan difícil, aprovechando la cercanía de las celebraciones chamánicas por los frutos de la tierra, penetramos en las edificaciones extensas del Consejo Rector, pretextando hacer los preparativos para las festividades, instalamos los aparatos en un zócalo, lugar desde el cuál podíamos ver la figura del doctor tras los mamparos transparentes; Un ligero gesto de repulsión al ver su piel clara, los rasgos de su rostro tan alejados de nuestra media, me impresionó, pues la verdad yo le conocía por las fotos o en la pantalla, nunca la había mirado detenidamente, entonces me asaltó una pequeña duda.

Mientras tanto sacamos partido a nuestra condición de huéspedes en el imponente edificio del consejo, nada nos rehusaron los encargados, aún cuando necesitamos mucha energía para nuestro trabajo, no sospecharon; un espejo especial, un rayo oculto en el centro de él, el aparato teletransportador ya modificado, más otros artilugios para dar aire de misterio a la representación y esconder la verdadera finalidad de todo, solo faltaría alguna labor distractiva en el instante adecuado a la guardia encargada de los sensores, con eso sería suficiente. Me di cuenta, en cierto momento, al observar los alrededores sin llamar la atención, de la posibilidad de mantener contacto con el reo, lo aproveché; le relaté los detalles de la labor realizada, él me dio la tarea de llevar al sitio en donde pensábamos ocultarle después de su liberación, el material con las pruebas de su revolucionario estudio, yo asentí entusiasmado, pues mediante ese contacto conseguiría su reconocimiento, me dio el lugar y las claves para retirarlo.

El otro aparato estaría fuera de recinto, en un lugar cercano en donde esperaríamos, los arreglos de los técnicos le dieron mayor potencia de llegada, antes apenas alcanzaba un par de metros, pero yo continuaba un tanto intranquilo, no les mencioné nunca las prohibiciones chamánicas ni tampoco el hecho de ser ésta la primera vez en transportarse un ser humano por medio de las ondas.

Al anochecer aproveché de ir a buscar los documentos de Ixtlan, sin que nadie me acompañase. Una vez en mis habitaciones, sintiéndome seguro, me puse a indagar entre los archivos, constaba éste de un prolongado relato en varios volúmenes, videodiscos, más un banco de imágenes de la mejor nitidez, de los sitios en donde realizara los trabajos, con mapas y levantamientos topográficos, además el texto de respaldo a su última conferencia, todo esto demostraba el prolongado esfuerzo del doctor, mientras más me adentraba en su teoría, sentía la certidumbre de estar en una campaña para resucitar el tiempo ya modificado, creyéndome un recluso de pasiones torpes al volver a ver la blancura del doctor en algunos fotogramas, en

contraste con sus acompañantes, como vi la diferencia con todos nosotros al verle en su encierro; hablaban sus escritos de cierto Espacio Vital, de una ciencia y técnica de desarrollo infinito, a lo cuál no pude dejar de sonreír, la divisa de una civilización suicida era acorde con ella, aunque esto no era lo importante, pues se apartaba sólo un poco de la enseñanza oficial. Más adelante si comencé a sentir una fetidez como de carne rancia, ya no existían corteses guiños, sino resbalaba contra las indicaciones, al asalto de lo más noble de la sociedad, en efecto, conectaba esos logros también a una conquista del cielo, poderosas naves surcando los aires más arriba de las nubes, enturbiando la morada de los dioses. Una inesperada fantasía conseguía el rechazo absoluto: conquistaron nuevas moradas entre los astros, ni Venus escapó a sus Ojos, siguiendo aún más allá, creía no comprender todo pero leía y observaba las imágenes del lectograbador, en realidad la capacidad del doctor como artista sería asombrosa, en una inigualable quimera, postulaba que ellos prepararon sitios allí entre nuevos soles, entonces llegó la hecatombe: no pudieron colocarse de acuerdo en la pertenencia de algún planeta de excepcional calidad para la vida, dividiéndose en bandos, luego comenzó una conflagración de exterminio, sin embargo, antes de perecer todos, decidieron subir a las naves para viajar a aquel nuevo hogar en un puente hacia el infinito, y se vaciaron las tierras. Eso explica, según el doctor, el término de la antigua civilización, es decir, no perecieron, sólo abandonaron esta creación mientras aún ardían las armas infernales ya descontroladas que arrasaron y han dejado esos lugares envenenados por milenios, olvidaron así a la Madre Tierra para ir rumbo a las estrellas. Postulaba además sobre cierto fenotipo inimaginable aún en los clanes más extremos, peor aún, eran todos de piel clarísima, de rasgos débiles ¿No era acaso el Dr. Ixtlan de piel demasiado blanca? Si como dicen nuestros libros y leyendas sagradas, nosotros nc, somos Plan antiguos como ellos ¿Porqué no fuimos tomados en cuenta en el desarrollo de esa civilización? ¿Acaso ellos dejaron morir al mundo mientras nuestra estirpe, inennes. perecía por las nubes de veneno? Todos los clanes, aún los oceánicos, participan de nuestra civilización, con esfuerzo, aquellos de tono más pálido pueden llegar lejos, como el caso del mismo doctor, nunca se les dejaría aparte sólo por ser distintos, aunque la ciencia es clara: nosotros, por nuestra piel morena cargada de pigmentos somos los más fuertes de la creación; el último acápite del doctor era un llamado, debíamos prepararnos, instalar grandes oídos electrónicos para escuchar las palabras enviadas por ellos desde su nueva morada, pues tal vez algún día aparecerían en el cielo unas naves inmensas en un atardecer ígneo, bajando a nuestra tierra para llevamos con ellos, esto sí era una locura, una conspiración; aquella civilización, si se puede llamar así, está muerta, desaparecida, todo lo que queda de ellos sólo son algunos objetos chamuscados, una raza inferior a nosotros, y fueron castigados a causa de su soberbia por los dioses, únicos habitantes del cielo. Debía tomar una decisión esa noche, me costó conciliar el sueño.

El sol se acerca a su cita, levantando también nuestras esperanzas. La operación, cronometrada en los detalles, templea el nerviosismo, chequeamos por última vez los movimientos al interior del edificio, pero nada altera la rutina allí. Mientras se revisan las conexiones y cables, el doctor Ixtlan se comunica con nosotros, manteniéndonos muy ocupados con sus ocurrencias, entre ellas pidió en medio de risas no salir rostizado al otro extremo del circuito, yo le aseguré que el traslado no será difícil, encontrando el respaldo de los técnicos y demás. El lugar donde trabajamos hervía con material y equipos para multiplicar la energía. Aún más cerca, era ya casi la hora

donde todo el mundo se detiene, un instante de sosiego antes del frenesí de las celebraciones, ya sabía de cierta extrañeza por mí, los jefes chamanes de Monte Alban me creían en las ceremonias de Etal, pero ellos saben guardar secretos, pues es imprescindible el apoyo de nosotros para ayudar a los dioses. El inicio de la conjunción solar sería en pocos minutos, tomamos nuestros puestos, mientras le avisan a Ixtlan para iniciar el procedimiento según las indicaciones. Cuando la energía estuvo a punto y la figura del doctor centrada en el espejo con el haz preparado, dejé a los técnicos trabajar tranquilos, refugiándome en un rincón en penumbras de la estancia, encontrando allí el pequeño aparato. Antes de comenzar el viaje, se realizó el último diálogo con el doctor para aminorar la tensión de todos y él se despidió.

Los expertos bajaron el conmutador central, giraron los diales, la celdilla de recepción se iluminó con resplandores, llenando el lugar de fuertes zumbidos, en ese instante apreté el interruptor, después lo dejé como antes, a los pocos segundos acabaron los destellos, ahora la cámara quedó iluminada por una suave claridad. Allí, de pie, estaba el doctor con nosotros, había tenido éxito.

Pero grande fue la sorpresa y desazón al derrumbarse el señor Ixtlan apenas abrimos la compuerta de la celda de transporte, al tomarle el pulso, sólo comprobamos su muerte, los ojos muy abiertos. Casi nos atrapa la histeria, pensé que de nada nos servía el cuerpo del doctor, debíamos evitar además una acusación por asesinato, fui el único en atreverse a devolver al fallecido estudioso a su lugar de reclusión, ante el temor comprensible de los demás, subí al aparato, con cuidado de no tocar el inerte cuerpo del doctor Ixtlan, y todo funcionó muy bien esta vez.

Después de esto, nadie pudo responder a las inquietudes por el accidente, mientras desarmábamos todo el aparataje de nuestra fallida empresa, por más que los técnicos revisaron las piezas, no encontrarán ninguna explicación convincente.

Aproveché si de presentar un informe al buró por mi nuevo desarrollo de los artefactos de teletransportación.

Si, todo parecía una confusión, pero valía la pena luchar por ella, creo.

El Terrestre

Marcelo Garrido A.

1

-Soy un Terrestre -respondió el hombre alto y delgado, sentado, en la parte más apartada y oscura del bar.

El que había preguntado era muy viejo, tanto así que ya era difícil reconocer su edad. Tomó su vaso con licor y lo levantó temblorosamente sin beber de él, esperando que aquel hombre alto y delgado sonriera, denotando así lo cómico de su respuesta. En vez de eso, el hombre continuó con la mirada perdida puesta en la meza. Fue sacado de su letargo por el estallido de una carcajada general.

-¿Un qué? -preguntó el viejo, empujando el vaso y vaciándolo al instante.

-Creo que dijo Terrestre -le respondió alguien.

El bar estaba casi vacío; nadie esperaba que esto no fuera así, ya era muy tarde y toda la ciudad dormía. En pocas horas más sería otra jornada de trabajo, a pesar de ello el bar continuaba abierto, iluminado sólo el interior por suaves luces azules que entregaban un llamativo espectáculo cromático a los vasos, botellas y a los tres últimos clientes que se negaban a tomar conciencia de lo que sus relojes decían.

El dueño del bar, un joven moreno con pronunciadas cejas y llamativo bigote rojo, se había unido a ellos intentando así dar a conocer su disposición a cerrar pronto. Actitud que no fue percatado por esos últimos clientes.

Desde la oscuridad, el hombre alto y delgado mostró sus ojos abatidos por la tristeza y los recuerdos.

-Un terrestre, soy un terrestre... -repitió.

Los tres hombres habían conversado amigablemente durante todo el lapso de tiempo, desde el momento en que el bar se abrió, sobre deportes y política, consumiendo los suficientes tragos como para que el dueño del bar se sintiera afortunado. El último tema de conversación surgió después de un buen rato de silencio: el lugar de procedencia de cada uno.

El más viejo de todos era de Diagh, la ciudad de las luces como comúnmente la llamaban. Los otros dos, incluido el dueño, eran de Savoy, la gran ciudad central. El hombre alto y delgado, que había estado tan alegre durante toda la conversación, entristeció su rostro justo en el momento que aquel tema llegó a sus bocas.

- ¿Qué ciudad es esa?, ¿es acaso un pueblo? -preguntó sobresaltado el dueño.

-Creo que un Terrestre es alguien que lógicamente vive en Terre -dijo uno de los hombres- pero jamás oí de un lugar llamado así.

El más viejo cerró sus cansados ojos y trató de demostrar su condición de tal. Recordó lugares lejanos recorridos en su loca y aventurera juventud. Fue en vano ese lugar no existía en su mente.

-¿Dónde queda Terre, mi amigo?., traté de recordar ciudades, pueblos... en mi vida caminé mucho, pero Terre...

El hombre cuestionado tomó un largo sorbo de- su copa dejándola vacía en una clara actitud de poca disposición a develar algo importante. - Miren, no es Terre, sino que Tierra. No queda cerca de aquí, tampoco lejos, no está en este cuadrante...

Uno de los hombres se movió inquieto y le interrumpió con decisión, tratando inútilmente de ahogar su alcohólica voz.

-Soy Profesor básico, nunca oí de algún lugar llamado así... sin embargo creo saber donde queda... ya me parecía que usted tenía una apariencia extraña.

-¡Bien, profesor! -exclamó el viejo- ¡Díganos donde está!

-La Tierra -continuó el profesor- es un proyecto secreto del supremo gobierno para habitar las profundidades de los océanos, la Tierra debería ser entonces el nombre de una ciudad submarina que está en un período de experimentación... miren la expresión de nuestro amigo, ¿se nota que es un científico!

El Terrestre movía su cabeza de un lado a otro, se sentía cansado y agobiado por los tristes recuerdos ocultos en su mente. El peso de esas imágenes lo confundían...- ¿sería conveniente hablar más?

Dio una rápida pero atenta mirada a los tres hombres que clavaban sus ojos en él... ¡Dios mío! -se lamentó para sí mismo-, el secreto... se suponía que nunca lo diría... el maldito alcohol me ha hecho hablar de más.

-La Tierra es otro mundo, otro planeta -dijo al fin y sin escuchar su conciencia que se lo impedía.

Todos se miraron en silencio por algunos segundos, sin comprender la supuesta broma. El viejo no aguantó más y echó una fuerte carcajada.

-¡Vamos, amigo! -dijo entre dientes- cuéntenos la verdad... ¿Qué es la Tierra?

-Ya se los dije, es otro planeta a muchos años-luz de aquí.

El dueño del bar bostezó largamente, sintiendo como el cansancio lo invadía. Si tenía sueño significaba sólo una cosa: El negocio ya no debía estar abierto. La conversación se había vuelto desagradable, y todo porque sus tres últimos clientes estaban muy borrachos. A pesar de ello, estaba disgustado, ser dueño de un bar implicaba escuchar personas quienes con tragos de más relataban historias asombrosas con mujeres o dineros inexistentes, y aquel joven empresario se estaba

acostumbrando a ello, pero había que reconocer que ese tipo tenía demasiada imaginación.

Se puso de pie y salió del mostrador con la cara sonriente. Cantando una conocida canción caminó hasta los controles de luces.

-dijo con voz apagada-, es hora de irse a dormir, mañana es ir, día de trabajo para ustedes.

El viejo y el profesor se pararon entre risas, a excepción del Terrestre que desde la oscuridad de su rincón protestó, mientras miraba su vaso vacío, como esperando a que por arte de magia se llenase. -¡Esperen, muchachos! No quiero que esto quede así... tenía que contárselo a alguien. No puedo seguir engañando más a este planeta, *Dios* mío -murmuró el profesor-, es hora de dormir, estamos y cansados.

El frío los recibió al salir y una suave llovizna les refrescó los rostros soñolientos.

No era de noche, pero si ya era muy tarde; todo el mundo estaba durmiendo. Crategh, uno de los soles gemelos, se divisaba difusamente tras las nubes grises. Permanecería allí por toda la estación del frío, mientras que su compañero Vrategh quedaba día a día más atrás en la lenta rotación del planeta.

El profesor se aproximó a su auto estacionado frente al local, un viejo modelo convertible color naranja. Sin despedirse subió a él y encendió inmediatamente el motor, mientras el viejo miraba atento cómo el dueño cerraba su negocio, lógicamente esperando que el profesor se ofreciera llevarlo por lo menos hasta un paradero de taxis. -¡Amigos! -rogó el terrestre-, créanme... ¡Tengo pruebas!, ¡Ya sé, los invito a mi departamento!, tomaremos unos últimos tragos... les mostraré las pruebas y así me creerán.

El profesor escuchó la oferta sintiendo como su boca se secaba. Por otro lado su cuerpo le decía que necesitaba un descanso y tras unos segundos de meditación tocó la bocina y exclamó de malas ganas:

-Esta bien, yo iré.

Los otros dos se miraron sin decir nada.

-Vivo cerca de aquí, en ese edificio dorado. -El Terrestre indicó un rascacielos que se divisaba a lo lejos.

-Bien, iremos-dijeron casi al mismo tiempo.

2

Era un departamento muy lujoso, maravillosamente decorado con imponentes óleos que cubrían la totalidad de la sala de estar. El suelo era de un material exageradamente pulido y daba la impresión de estar caminando sobre un espejo, situación que no era para nada agradable. Lo más llamativo de todo era el techo de

aquella habitación (si a eso se le podía llamar así): un gran acuario repleto de pecillos de colores.

Entraron en silencio, advertidos por el Terrestre quien les rogó no hacer demasiado escándalo, porque su esposa dormía. - Ella no es de mi raza -indicó seriamente-, es como ustedes, no es terrestre.

~¿Dónde están los tragos? -preguntó el profesor.

-Y las pruebas que dijo? -rugió el dueño.

El Terrestre movió su cabeza afirmativamente y caminó hasta una despensa de fina madera tallada. Regresó con botellas y copas.

-Tengo fotos para probar lo que afirmo -dijo mientras se esforzaba en servir el licor-, tengo muchas fotos de la Tierra. Espérenme unos momentos.

Se dirigió lentamente a su dormitorio, apoyándose en las paredes para tener suficiente equilibrio. Sin hacer ruido entró a su habitación, donde la esposa dormía y abrió un anuario especialmente diseñado para él varios años atrás. Sus manos se deslizaron con agilidad y abrieron un cajón donde no debía haber uno. Extrajo de él una pequeña caja metálica y volvió al grupo.

-¡Acá están!.. ¿Lo ven?

-¿Y eso que es?

-¡Ah!, esto también servirá como prueba... ¿Saben lo que es esto'?

Nadie contestó, solo abrieron sus ojos sorprendidos y expectantes por saber lo que había dentro.

-Estas cajas no se fabrican en este planeta, esto es originario del mío. Es una caja de seguridad para guardar documentos importantes... -¡Muéstrenos lo que tiene ahí! -ordenó el profesor.

El Terrestre movió la combinación numérica de seis dígitos y la caja le respondió con un click. Una gran cantidad de fotografías aparecieron a simple vista. Estaban un poco decoloradas por la acción de la humedad y del tiempo. Extrajo un puñado de ellas y comenzó a explicarlas mientras que los demás se acercaban con sus copas a observarlas más de cerca.

-Este es mi capitán, Jonh Farriss -dijo indicando a un individuo vestido con un precioso traje azul-, y esta es mi ciudad natal, New York... ¡Claro que es mi ciudad!.. y acá están las fotos de mi viaje diplomático a la hermana ciudad de Londres... estas otras son de viajes de placer a París, Rancagua, Madrid... ¿Lo ven?.. son ciudades de mi planeta Tierra.

Los hombres se pasaban las fotos entre sí, mirando detenidamente y muy confundidos. No podían explicar dónde diablos podrían haber sido tomadas, jamás habían visto construcciones tan extrañas.

El Terrestre llegó entonces a la última foto, que entristeció nuevamente su rostro.

-Acá está nuevamente mi capitán Farriss y esos que están a su lado son los otros miembros de mi equipo... Michael, Tim, Andy y Jane. Esta foto fue tomada solo momentos antes de subir a nuestra nave espacial... lástima que ellos murieron trágicamente cuando...

Una Hermosa mujer apareció de pronto frente a ellos. Era rubia, de pelo ondulado y una atractiva figura que se deducía muy bien a través de una bata de color brillante.

--¿Qué pasa amor?, ¿son ellos tus amigos?

Los aludidos tiraron las fotos sobre la caja, sobresaltados y avergonzados. La mujer los miraba con disimulo, pero cortésmente. -Sí, cariño, son mis amigos... les mostraba algunos recuerdos. La mujer caminó con elegancia hasta ellos, todavía con sus ojos algo cerrados por el sueño.

-Pero, ya es tarde. Mañana tienes que trabajar... tus amigos también deben hacerlo.

El profesor obedeció de inmediato y agregó:

-Tu esposa tiene razón, todos trabajamos en unas horas más, se nos ha pasado el tiempo muy rápido.

La mujer sonrió gentilmente y regresó al dormitorio. El viejo y el dueño del bar se pararon perezosamente, no sin antes dejar vacías sus copas de un sólo golpe.

-Sí, nos vamos -comentó el profesor. -Tu esposa ya se molestó. -Dijo el viejo mientras se abrochaba el último botón de su abrigo.

El Terrestre se movía inquieto guardando las fotos nuevamente en la caja.

-Pero me creen... ¿Verdad?.. Londres, Madrid, Rancagua, mis compañeros de misión... ¿Me creen ?

-Si -Respondió el dueño caminando hasta la puerta. -Algún día pueden venir y les podría contar más sobre la Tierra. -Algún día.

EL Terrestre los acompañó hasta la entrada y les estrechó la mano. -¡Adiós, amigos! -se despidió, agitando el brazo.

Los tres hombres caminaron sin hablar por los pasillos del edificio en busca de los ascensores, añorando contar algún día con el dinero suficientes para poder vivir en unos departamentos lujosos como esos.

Los ascensores esperaban con sus puertas abiertas y su iluminación anaranjada. EL Terrestre los acompañó hasta la entrada y les estrechó la mano.

¡Qué tipo! -comentó el profesor -pulsando el botón del piso numero uno.

Si, era muy simpático... lo malo es que se emborrachó muy pronto y decía muchas tonterías.

- Es un buen hombre -agregó el dueño-, mañana se despertará y se sentirá como un verdadero estúpido, si es que recuerda todas las tonterías que dijo hoy... naves espaciales, otros planetas... ¡Apuesto que nunca más pondrá un pie en mi bar!

-Todos hemos fantaseado alguna vez con unos tragos de más -comentó sabiamente el viejo.

El ascensor les avisó que ya estaban en el piso numero 1.

-Sí, ¡pero nunca tanto como este tipo!.. ¿Les llevo?

AFUERINOS

Daniel Villalobos J.

1

La primera noticia que se tuvo del asunto fue la llegada de un largo convoy de camiones militares a este pueblo perdido en la costa. A media mañana del primer día, Gustavo, el chico del kiosco, vino a contarme al bar que se había instalado un campamento cerca de la playa, que un telescopio estaba montado en la cumbre del cerro y que había prohibición para los pescadores de mover sus botes más allá de la caleta. Le dije que debía ser un curso especial del servicio o algo así.

Sólo dos horas después se supo la verdad. Y era una verdad tan extraña, tan fuera de lo habitual, que todo el pueblo, dos mil quinientas sesenta y cinco personas se apretaron en el gimnasio municipal para escucharla de boca del alcalde y el militar a cargo del convoy.

-Desde ahora, este pueblo está bajo control de nuestra unidad- gritó el oficial Ustedes hagan su vida normal, pero nadie puede abandonar el lugar sin autorización.

-Es sólo temporal- aclaró el alcalde, uno de mis mejores clientes. -Este pueblo y todos ustedes- prosiguió el militar sin registrar la interrupción- han sido escogidos para formar parte de un hecho histórico. Dentro de nueve días, aquí ocurrirá el primer contacto entre seres humanos y visitantes de otro planeta.

No podía creerlo. Bueno, nadie podía creerlo. De hecho, el gimnasio tuvo que ser desalojado a culatazos mientras el alcalde trataba de explicar que esto no era culpa del ejército, que los propios visitantes habían elegido el pueblo.

2

En el bar no se habló de otra cosa. Con Nicolás nos turnamos para atender a los borrachos de siempre y a otros que cayeron en el vicio durante la espera, aterrados ante la idea de ser invadidos o diseccionados por inimaginables monstruos en naves espaciales.

-Rodearon el pueblo con alambres y nadie puede salir ni entrar si no tiene un pase, y a dolía Marta, del restaurante, tuvieron que llevársela al hospital porque le dio un ataque de pánico... - decía Juan Carlos, el fotógrafo del pueblo, a quien le requisaron todo el equipo cuando ya soñaba hacer el negocio del siglo.

-En las noticias nacionales no ha salido nada sobre esto - dijo Gustavo.

-Mi sobrino fue el otro día a buscar una red a la desembocadura del río y lo hicieron volver a punta de fusil - dijo Mardones, uno de los patrones de la caleta

-Cortaron el teléfono y hace tres días que no me llegan los diarios - explicó Gustavo, obsesionado con la incomunicación.

-Quizás va a ser bueno - dijo Nicolás - Puede que sean alienígenas pacíficos. -Claro - lo apoyé.

-Ustedes no deberían hablar de lo que no saben -dijo Mardones - . Los dos son unos afuerinos. ¿Cuánto tiempo lleva usted en el pueblo, Nicolás?

-Tres años.

-Entonces no se ofenda, pero mejor sería que se callara y escuchara a la gente que sabe. No es la primera vez que pasa esto.

-¿No? - preguntamos todos. El bar se quedó en silencio. -Cuatro años atrás, todos los que estábamos en la playa una noche vimos caer una bola envuelta en un fuego azul. Cayó y cayó durante un rato muy largo, como si estuviera hecha de papel. Después se hundió en el mar y durante toda esa noche el agua brilló en la oscuridad y los peces que sacamos en las redes venían muertos y con la piel negra.

3

-No hable de esas cosas, Mardones - dijo el alcalde, que estaba sentado en un rincón, tomando una botella de vino con su hermano Alguien podría pensar que son ciertas.

-Usted estaba ahí, don Fernando - dijo Mardones. -No me acuerdo - murmuró el alcalde, poniéndose de pie mientras dejaba el dinero en la mesa - Buenas noches a todos. Y no dejen que estas historias los pongan nerviosos. No hay nada de qué tener miedo.

Salió y por las ventanas del bar vimos cómo unos soldados se bajaban de un jeep y se acercaban a hablarle.

-Pobre don Fernando - se quejó Gustavo - Justo venir a pasar esto a dos meses de las elecciones.

-Yo lo votaría de nuevo - dije, retirando las copas de la barra - Es un hombre muy derecho.

-Es un mentiroso - dijo Mardones antes de tragar lo que le quedaba en el vaso - El estaba ahí con nosotros. Estoy seguro.

Alicia se acercó. Era enfermera del hospital y una de las personas que más nos habían ayudado a Nicolás y a mí a instalarnos en el pueblo cuando llegamos.

-Creo que lo mejor de todo esto - dijo, mientras buscaba en su cartera - es que esos provincianos que andan dando vueltas por ahí van a aceptar mejor a quienes son diferentes.

Pagó y se fue. Yo sabía que Nicolás me estaba mirando, pero algo me tenía nervioso y no lo miré de vuelta. Sólo Mardones encendió uno de sus cigarrillos baratos y gritó:

-A ver si algún día esa flacuchenta me invita a conocer sus diferencias.

Esa fue la segunda noche. Al salir a la calle en la madrugada, Nicolás me indicó unas luces en el cielo. Eran amarillas y se movían rápido y a baja altura. Cruzaron el pueblo hacia el norte y después volvieron otra vez. Las miramos durante una hora, tratando de saber qué eran. Así nos encontró una patrulla militar.

-Sus cédulas - nos dijo uno de ellos. Las miró a la luz de su linterna.

-Todo en orden. Ahora les voy a pedir que se vayan a su casa. Tenemos que detener a cualquiera que encontremos en la calle de noche. -¿Es un toque de queda?
- pregunté.

-No, por supuesto que no. Pero tenemos que estar atentos. ¿Fueron a la reunión de; gimnasio?

-sí.

-Entonces ya saben.

Me pregunté qué era lo que sabíamos, pero justo en ese momento las luces volvieron a acercarse desde el norte, rugiendo en el ciclo. Esta vez una de ellas se desvió y fue hacia la costa. El militar rió y le dijo al conductor de] jeep:

-Ya se anda luciendo de nuevo Galíndez. Espérate que lo pille mi coronel.

El cuarto día hubo una pelea en el bar. Mardones y Gustavo se agarraron a puñetazos después que el patrón le dijera a Gustavo que los extraterrestres seguramente violarían a todas las mujeres, incluyendo a su esposa. Se golpearon durante un buen rato sin que nadie hiciera nada para detenerlos, como si la imagen de ellos dos sangrando y cayendo fuera igual de común que cualquier otra. Simplemente los miramos hipnotizados, atentos a cómo cada nuevo golpe iba amoratando otro pedazo de piel o haciendo saltar un poco más de sangre. Se pegaron hasta que Mardones cayó y no pudo ponerse de pie. Gustavo lo miró un rato desde arriba, tembloroso y pálido, y luego se puso a llorar.

Al fin reaccionamos y le pedí a Nicolás que llevara a Mardones al hospital en mi auto. Cogí a Gustavo de un brazo y lo empujé al hediondo y húmedo baño del local. Saqué un botiquín que tenía bajo la barra y le limpié lo mejor que pude la sangre en la cara y en las manos.

-Gracias.

-De nada.

-Néstor.

-Qué.

¿Qué pensarán los extraterrestres de nosotros? ¿Les caeremos bien? ¿Nos irán a dominar porque vamos a ser como insectos para ellos"

-No lo sé. Pero a lo mejor para ellos no somos nada más que un montón de bichos raros y violentos. Que se pelean por la tierra, que se matan por nada, que viven con miedo, que no toleran lo nuevo o lo extraño a menos que les traiga algún beneficio. Unos bichos que se creen los dueños de todo, pero que nunca han salido de su planeta.

-Fuimos a la luna.

-Oh, sí. Qué gran viaje.

-Y mandamos ese satélite. ¿Cómo se llama? Ese que lleva el saludo e la humanidad a otras galaxias.

-Se llama el Voyager.

-¿Cómo sabes si lo que va a pasar es porque se encontraron con l?

-Sí, cómo sabes- después de eso me quedé callado un rato, pensando en mis asuntos.

Pero Gustavo volvió a la carga.

-¿Tú crees que si llegan los extraterrestres van a violar a todas las mujeres? ¿,Qué nos van a invadir? -No lo sé.

-Pero a ti te alegra que vengan.

Dejé de limpiarle la nariz con alcohol.

-¿Por qué dices eso'?- bajé el algodón. No quería que viera el temblor de mis manos.
-Por lo que dijo la Alicia la otra noche. Eso de aceptar a la gente diferente.

-¿Cómo?

-Diferentes como tú y el Nicolás, me refiero. Homosexuales. Lo miré un segundo.

-¿,Quién dice que somos homosexuales?

-Todo el mundo. Siempre andan juntos, viven en la misma casa, nunca les han conocido alguna pareja. A mí no me importa, si me preguntas.

-No te pregunto nada. Estás listo. Ándate a tu casa. -Espero que no te hayas ofendido.

-No. Hasta mañana.

Cerramos el bar a las tres. Los clientes se fueron en silencio, cuidando de no hacer algún ruido que pudiera atraer la atención de las patrullas. Le conté a Nicolás lo que me había dicho Gustavo. Miró por la ventana del bar. Después murmuró:

-¿Tienes miedo?

-Un poco.

-Yo también.

Al siguiente día fuimos a la playa. El campamento no era más que una docena de enormes carpas verdes y un cobertizo construido con madera sin elaborar. Los camiones entraban y salían de la playa, cargando soldados silenciosos y mortalmente serios. No me parecieron simples conscriptos. Más bien parecían veteranos que regresaban de una larga campaña en una tierra lejana.

-Néstor - me llamó el alcalde desde un jeep - ¿Qué andan haciendo acá? Los pueden detener si los ve el coronel.

-No sabía que era delito pasear por la playa.

-Esta playa ahora es un área restringida. Están colocando unos aparatos muy delicados en la arena. Y también tienen que preparar muchas cosas para el fin de semana. Acuérdate que es la noche del sábado.

-Supongamos que yo no quisiera venir ese día...

-Bueno, nadie te puede obligar. Pero no puedes salir del pueblo. Te van a detener si tratas de irte. Pero si te quedas en tu casa, no hay problema. Me tengo que ir. Nos vemos.

-Una pregunta.

-Lo que quieras, hombre.

-¿Por qué tanto secreto? ¿Por qué no podían avisarle a todo el mundo y que el pueblo se llenara de gente? ¿No habría sido mejor?

-Habría sido infernal. Y se hubieran necesitado más soldados y más restricciones. Yo no soy muy inteligente, y ni siquiera pasé por la universidad, pero sí sé que en cosas así la gente necesita el orden. Los límites. Si no se vuelven locos. Yo recuerdo la noche que cayó la bola azul al mar. Encendieron fogatas en la playa y se emborracharon. Gritaban que era el fin de] mundo. Con los carabineros y la gente del hospital acarreamos tipos intoxicados hasta el otro día. Y fue una semana en que apenas se trabajó, en que nadie estaba en su casa, porque todos pasaban la noche

en la playa. Hubo que pagarle a los pescadores para que se atrevieran a salir después de esa noche.

-Pero usted tampoco sabe qué va a pasar el sábado. -Eso no importa. Me voy a sentir satisfecho con que la gente no se vuelva loca.

Nicolás, que había ido hacia una de las carpas, volvió escoltado por dos soldados con metralletas.

-¿Este joven anda con usted?

-sí.

-Tienen que irse. Por órdenes de mi coronel el acceso a la playa está restringido. -Ya me lo dijeron.

En el camino al pueblo, Nicolás me contó que en la carpa habían armas, televisores y muchas, muchas cámaras de video. También unas antenas de radio.

El resto de las noches hasta el sábado fueron similares a las primeras. Sólo aumentó el temor y las maneras de librarse de él. Los clientes llevaron un juego de dardos al bar y, aunque no me pareció gracioso, pusieron la caricatura de un alien (cabeza abombada, piel gris, ojos almendrados y enormes) como blanco.

-Diez puntos la cabeza, veinte puntos la boca y cincuenta puntos entre los ojos - gritaba Mardones.

También comenzaron a aparecer las armas. A escondidas de; alcalde -a quien ya todos veían como un colaborador de los soldados en el bar se intercambiaba dinero o joyas por revólveres, escopetas, municiones y hasta una granada de mano que un pescador había robado durante su servicio militar.

Fue la mejor temporada para el negocio. Por más que bebieran, ninguno de los clientes conseguía emborracharse. Sólo iban quedando cada vez más silenciosos, con la mirada vidriosa y la mano agarrada al vaso vacío, hasta que yo aplaudía pidiendo que salieran.

El sábado los camiones militares se estacionaron afuera de; gimnasio, para que quienes lo desearan se fueran en ellos a la playa. Con Nicolás preferimos caminar. La gente se había vestido como para la iglesia. Hasta Mardones tenía puesta una corbata y se había peinado con gomina. Nos cruzamos en la plaza y le dediqué una mirada irónica, pero giró la cabeza y evitó el contacto visual. También estaba nervioso.

La playa fue llenándose de gente durante la tarde. El cielo estaba más azul que nunca y el sol caía duro sobre las cabezas. Incluso hubo un par de desmayos que fueron atendidos por la gente del hospital, que habían montado su carpa blanca cerca del cobertizo militar. Al atardecer, dos helicópteros cruzaron sobre nosotros en dirección a los cerros.

-¿Cuál de ellos será Galíndez? - me preguntó Nicolás. -Debe haberse uedado en tierra hoy día.

-Néstor - me tocó el brazo - ¿qué crees que va a pasar? -No tengo dea. A lo mejor nada. A lo mejor todo. -¿Tienes miedo?

-Estoy cagado de susto.

-No digas garabatos.

Me miró, sorprendido. Después se rió.

-Todo se pega cuando uno es afuerino.

-Ya veo. Qué bueno que me hayas contado. Así no me siento tan solo.

Se hizo de noche rápidamente, pero antes hubo una bella puesta de sol a la que nadie prestó atención salvo yo. Por un minuto, fue como si todo el mar estuviera en llamas, como si uno pudiera saltar a las olas y encenderse con ellas, y arder y arder hasta consumirse y ser uno con el agua.

Todos comenzaron a mirar al rincón del cielo donde las estrellas estaban apareciendo. No había luna. Busqué a Venus y al no encontrarlo pensé que era una mala señal, pero traté de conocer e en otra cosa. Un rato después se encendieron fogatas para combatir el aire frío que venía del sur. Así pasaron dos horas.

Cuando por fin sucedió Nicolás no estaba cerca de mí, pero supongo que reaccionó en forma parecida. Sin pánico, pero fascinado. Porque lo que ocurrió fue un repentino estallido en un sector del cielo, como si una puerta se hubiera abierto entre las estrellas. Algunos lloraron, unos cuantos entraron corriendo al mar y se sumergieron bajo las olas. Y luego una luz, una enorme y brillante luz se movió desde un punto más allá de la línea de las olas hasta flotar sobre nuestras cabezas. Y esa luz brilló y brilló, cambiando del blanco al amarillo, y al rojo y luego al rosado, hasta que bruscamente se apagó y entonces alguien creo que fue Gustavo- iluminó el cielo con una bengala. La pequeña lucecita ardiente subió lentamente, y a medida que lo hacía, todos vimos lo que flotaba sobre nosotros. Ese fue el instante en que se hizo el silencio. Un silencio total, un silencio que parecía dominar el ruido de las olas y las carreras de los soldados, naciendo desde eso que nadie podía dejar de mirar. Hasta que el silencio se rompió.

-¡Es un globo! ¡Un globo! - gritó la voz sin cuerpo de Alicia.

La canastilla estaba suspendida a menos de veinte metros sobre nuestras cabezas. Alrededor de ella había una serie de reflectores y tubos humeantes, mientras los hombres de a bordo intentaban hacer que el globo se elevara de nuevo.

Lo que vino después fue confuso. Primero se escucharon los gritos de desilusión mezclada con rabia. Después alguien atacó a un soldado. Y vino el desbande y el caos en la oscuridad. Me moví lentamente entre los insultos y unos disparos aislados, como truenos en la noche. Los militares desalojaron la playa, y con Nicolás y otros tuvimos que correr hacia las dunas y caminar una hora dando un rodeo para

volver al pueblo. Ese amanecer escuchamos pasar en rápida sucesión los camiones hacia la salida del pueblo, y luego, al final, la camioneta del alcalde.

Todo comenzó a aclararse con el paso de las horas, cuando el teniente a cargo del retén informó que todo había sido un montaje con fines científicos, un proyecto del que nadie podía hablar, un secreto absurdo que el pueblo -Nicolás y yo estábamos seguros conservaría para sí como una vergüenza colectiva. El alcalde, único entre nosotros que sabía la verdad, renunció a su cargo sin volver al pueblo y gente anónima quemó su casa una semana después de todo esto que he contado.

Durante dos o tres semanas las noches fueron muertas en el bar. El pueblo decidió encerrarse en sus casas al atardecer, tal vez como una extraña manera de hacer borrón y cuenta nueva. Alguien se mató, pero no recuerdo su nombre. Tampoco importa. Ayer Nicolás cerró el bar y pasó a decirme que lo acompañara a la bodega, como lo había hecho siempre antes de la llegada de los soldados. Nos encontramos frente a la mesa llena de cables y circuitos.

-Bueno -dijo él.

-Bueno- dije yo.

-A seguir esperando.

-Supongo.

Entonces encendimos el rudimentario equipo y volvimos a emitir, como cada día, una señal en un código inimaginable para los habitantes de la Tierra, Lo hicimos con la esperanza de que, a trescientos años luz de aquí, en un planeta desértico que no conoce los atardeceres porque está en un sistema con dos soles gemelos, alguien la reciba y pueda poner en marcha de una vez por todas una misión de rescate.

Breve reseña sobre los autores

Pablo Castro H.

Joven autor curicano¹, actualmente² estudia en la Universidad Católica de Santiago. Su propuesta "Exerion", según el jurado, va más allá de un cuento de Ciencia Ficción, es una sobresaliente obra literaria. Hay que estar atentos al desarrollo de esta promesa que ya escribe como un profesional.

Sergio Alejandro Amira A.

Licenciado en Artes Plásticas con mención en pintura de la Universidad Finis Terrae, posee un Magister en Artes Visuales en la Universidad de Chile. Vive en Santiago centro. Su obra "El Libro de Shklovski" fue elogiada por el jurado debido a la original manera de abordar una temática clásica dentro de la ciencia-ficción.

Gerson Salinas T.

Escritor cuya fortaleza radica en la confianza plena en sus medios. Es chileno, soltero y vive en Casablanca. Su cuento "Ixtlan" aborda la siempre intrigante posibilidad de la teletransportación y en esta historia la utiliza de una manera original e inquietante. Ambienta su historia en una civilización post atómica que desconoce parcialmente su pasado.

Marcelo Garrido A.

Escritor de Rancagua. Autor de "El Terrestre", sorprendente cuento donde la paradoja es una de las principales protagonistas. Pone de manifiesto como las pasiones y contradicciones acompañan al ser humano cualquiera sea el tiempo y lugar donde éste se encuentre.

Daniel Villalobos J.

Ñuñoino³ de 25 años⁴, periodista, publicó en 1998 un volumen de cuentos llamado "Los errores cometidos", editado por la Casa de la Cultura de la I. Municipalidad del Bosque⁵. Según el jurado, su cuento "Afuerinos" es un significativo aporte y bien merece su publicación en este libro.

¹ Gentilicio de Curicó, ciudad de Chile

² Año 2000. Nota del recopilador.

³ Gentilicio de Ñuñoa, comuna de la ciudad de Santiago, Chile

⁴ Hacia el año 2000

⁵ El Bosque: Comuna de Santiago de Chile.